

El Flaco
Así comenzó
Por:
Javier R. Cinacchi

(Segunda edición.)

El Flaco Así Comenzó

Por Javier R. Cinacchi

© 2021-2022 por Javier R. Cinacchi. Algunos derechos reservados.

Sin variar, y expresando que el autor es Javier R. Cinacchi, se autoriza a copiar y distribuir esta obra, siempre y cuando respete lo indicado; sin tener que abonarme los derechos de autor correspondientes. Siendo así, puede incluso imprimir este libro, y comercializar su versión impresa. También puede juntarlo a otras obras que tengan semejantes permisos (todos los libros que he escrito hasta ahora).

**Hasta una sonrisa o lágrima
es capaz de cambiar
nuestro destino,
imagínate las dos juntas.**

1

El encuentro con el destino.

Estaba *El Flaco* sumergido en sus conflictos existenciales de la vida, al mismo tiempo que entrenaba con la espada, en el fondo de su bien cuidada casa. No es la casa de un rico, pero sí una pequeña fortaleza bien cuidada. Si fuera por él viviría solo en un mini castillo, pero lo que heredó, heredó. A la construcción la fue fortaleciendo de apoco, y hasta le hizo una habitación oculta y bien protegida, ya que como sabemos es capaz de ausentarse largos periodos.

Igualmente, todos los que viven en el poblado conocen al *Flaco*, saben que es un cazarecompensas, y a nadie se le ocurriría molestarle. Aparte, suelen entretenerse contando sus historias, y el lugar es más seguro gracias a él, más que por los soldados. Enfrente de su casa hay un mendigo, es alguien a quien ayudó, y está bajo su protección, es su amigo y al mismo tiempo espía para él y le alerta. Todos los de la zona lo suponen, sin embargo no los extraños, y alcanza con decir que le es fiel hasta la muerte, y que la razón de ser del mendigo, es tener el honor de ayudarlo cuánto más pueda, a aquel que lo liberó sin cobrarle nada a cambio.

Su pueblo, aunque pequeño es bastante numeroso, él está dentro de la muralla, en una de las tantas casas que se encuentran pegadas una a la otra. Y en el centro y punto más alto del pueblo hay una pequeña fortaleza. No tiene problemas con las autoridades, es más, a veces hace trabajos para ellos. Su casa está dentro de las que tienen el lujo incluso de tener un jardín privado. Por fuera de las murallas, en medio de la vegetación y campos, están los campesinos con sus casitas distanciadas unas de otras, y algunas torres de vigilancia se elevan a los alrededores, para darles protección.

El Flaco, estaba en su aproximada monotonía de descanso, como se dijo entrenando y pensando. Lo siguiente ocurre luego de haber vivido otro fracaso de amor, que están relatado en la compaginación de cantos “Fantasía, Su Historia de Amor”. Claro que él nunca en su momento se enteró -hasta que fuera tarde-, de que ya se andaban registrando sus historias, era cantado, y hasta incluso sus poemas fueron tratados con gran cuidado, pero aún no llegamos a ese momento. Recién estaba comenzando a ser conocido, y justamente por ello la voz de su amigo “mendigo”, perturba ahora su entrenamiento en espada, más ejercicios de resistencia, con un grito que resonó cómo para alertar hasta a un dormido borracho:

– ¡Mi señor! ¡Dos arqueros, tres soldados, y dos nobles!
¡Atención *Flaco*! Y una es mujer.

Y el mendigo se puso en pie, sacando pecho, mirando firme a los desconocidos, y viendo como los dos arqueros se posicionan rápidamente. Uno en cada diagonal de él y de la puerta de la casa del *Flaco*. Mientras uno no deja de apuntarle, pese, nunca pensó en huir y gritó nuevamente.

– Dos arqueros en diagonal, me apunta uno señor. Descúidese de mí, gracias.

Los soldados se pusieron tensos. *El Flaco* ya estaba en el techo de su casa, con sus armas; y apuntaba al arquero que apuntaba a su amigo. Extrañamente, puede disparar bien, aún con el cuerpo pegado al tejado, y el arco horizontal a este. La flecha estaba a punto de salir de su arco. Habló un noble, el varón.

– Señor, disculpe mi guardia. Solo queremos plantearle un trabajo, soy del templo de *Los Puros*. Una señorita habló de usted mucho en el monasterio; y pagaremos bien, muy bien. Somos de la ciudad de Tinkentou, y venimos bajo la protección del príncipe. Le manda afectuosos saludos.

El Flaco gritó como un perro rabioso: –¡Bajen los arcos y apartensen los soldados! ¡Y respeten al mendigo!

Y así lo hicieron. No sin refunfuñar los guardias, se alejaron diciendo: “¡Y este quién se cree que es!”. “¡Así qué este es *El Flaco*! Si qué vive alerta”. *El Flaco*, una vez en su puerta, que por cierto, en realidad son dos; ya que tiene una de madera por afuera; y por dentro, otra de rejas con un escudo en el medio. Como habría de suponerse, pues es *El Flaco*, antes de dejarse apresar por alguien, pelearía hasta la muerte. Abrió la de madera y se quedó detrás de la de reja, semejante a una puerta de una cárcel; desde allí, con sus armas encima, aunque sin apuntar, dijo.

– Encantado de conocerlos señores, pase el interesado, y hablaremos tranquilamente. Les doy mi palabra que estarán bien.

El Flaco miró al mendigo. Este le devolvió una afirmación con la cabeza, y entraron a la casa, un varón y la mujer. La mujer:

– Casi me mata del susto señor ¿Siempre es así usted?

– No –responde *El Flaco*–, solo cuando aparecen cinco soldados a mi puerta, y amenazan a mi amigo.

– Disculpe los malentendidos caballero –dijo el varón vestido de noble, añadió:– Fernando, a su servicio, *escribano del templo de los puros de Tinkentou*.

– ¡Epa! Alguien importante y de confianza. Disculpen mi atrevimiento, no sabía quienes eran.

– Sí señor –le responde Fernando–. No hay problema señor, comprendemos.

Entraron la mujer y el varón a su casa. Bien cuidado el lugar, digno, limpio, espacioso, para nada la casa de un pobre. Construcción robusta por donde se la mire, con muchas decoraciones en las paredes de piedras. Fueron a la habitación principal, donde aún había un leve fuego prendido. Hablaron mientras tomaron un buen vino que sacó *El Flaco*. Lo primero que hizo Fernando, fue darle 100 monedas de plata, el sueldo de dos meses de un jornalero del campo. Dijo: “Por su tiempo, y para que evalué bien, y generosamente la oferta que se le presentará, y para que note que hablamos seriamente”. Y le dijo, que de acep-

tar, se le entregará por adelantado 2000 más de plata, y cincuenta piezas de oro al cumplir la tarea; más extras, que aún tienen más valor que el oro, pero no son seguras.

Se interesó. La Misión al principio sonaba común y corriente: Rescatar una señorita indefensa, de un grupo de captores. Sin embargo, mencionaron cosas extrañas. Es un grupo que él, no conocía más que por rumores, y que prefería no molestar: *Los endemoniados*. *El Flaco* los catalogaba como brujos guerreros, pero aparentemente, como no suele ocurrir, estos sí tienen algún tipo de poder; son más fuertes, y pueden inmovilizar a adversarios con palabras, y perturbarlos a distancia. Se le informó que la misión se encuentran en una zona alejada, avanzando por el segundo camino, rumbo de allí donde están, hacia la capital; y de allí avanzando con el sol a la derecha de *Las ruinas del castillo resonante*; en el medio de un bosque, en la *Montaña del cielo negro*. Y se le mencionó que reconocería a los fieles de tal secta por sus tatuajes y ojos negros -detalle que ya sabía-, ya que se tiñen la parte blanca del ojo, de negro, mediante una fórmula desconocida. Y el tema no terminaba allí, continuó diciendo Mismi, sacerdotisa:

– Te daremos un poder. El poder de no ser inmovilizado por el mal, sino tú: poder perturbarlos a ellos. Este poder solo lo damos solo a caballeros dignos, y seleccionados guardias del templo. Como seguramente lo sabes, fielmente casados o vírgenes. Se rumorea que eres virgen ¿Verdad?

– ¿Es un chiste? – Se le escapó *al Flaco*.

– Para nada. –Dice Mismi, mientras Fernando ahoga el reírse con todas sus fuerzas, y toma un sorbo de vino. Concentrécimo para no atragantarse, mientras se tapaba la cara con la jarra, y miraba a todos lados. Ella lo mira a él.

– Disculpe señor –dice Fernando–. Aunque le suene extraño, ya hemos intentado esta misión con un pequeño grupo armado; dos veces y no volvieron, salvo dos *caballeros puros*. Es todo verdadero lo que le decimos. Ella se dirigió a usted de forma religiosa. No tengo ninguna duda de que es exitoso con las mujeres señor, y que es honrado. Así que si acepta el encargo,

obtendrá también la *bendición de Los Puros*. Le aseguro es algo muy buscado por muchos, y que le será útil siempre. Pero le durará con usted, unicamente mientras sea alguien honorable; incluso, disculpe señor. Incluso... respetando la decencia ¿Me explico? Quiero decir, nada de estar con una casada, o engañar a la que tenga... Ni siquiera mentir señor.

– Realmente –contesta *El Flaco*–, no dudo de su bendición; he escuchado que es verdadera. Aunque creo poder yo solo, pues no creo en poderes de brujos que puedan frenar mis flechas o mi espada. Y no no soy virgen, ni sugestionable, y sí hombre de honor. Aceptaré con gusto su bendición y escucho la misión pues nada temo. Obviamente, necesito saber todo lo que saben al respecto. Y doy por sentado que se me daría toda la ayuda necesaria, incluyendo los guerreros acordes ¿verdad?

– Sí señor, por supuesto –Respondió Fernando, escribano del templo.

Le contaron que hasta el príncipe está un poco preocupado por el tema. Ha perdido hombres, y solo volvieron dos del segundo intento fallido. Dos que eran *caballeros bajo la bendición*. Las dos veces se los atacó como encubiertamente, sin involucrarse bajo la bandera real, son pocos los que saben de estos acontecimientos. Temen de que el grupo se haga cada vez más grande y peligroso, y al mismo tiempo no quiere ser el príncipe quien les declare la guerra. Aparentemente no son un número considerable los que están cerca; pero se cree que son muchos en secreto, difuminados sobre todo el mundo, y odian a *Los puros*.

Se le informó que el grupo cercano, debe ser de unos quince o veinte, contando a las mujeres, que también son guerreras. Se le ofrece cinco soldados a su mando si lo desea, con todo pago y suministros, cinco *caballeros benditos*. La verdadera misión es dañar lo que más se pueda a tal grupo, y recuperar en lo posible viva a la hija del líder religioso raptada, posiblemente ya en proceso de conversión al grupo. Es algo terrible, y simbólico que no se puede permitir. *El Flaco* es el último intento, antes de que el general y gran ejercito, les declare la guerra. Pero como

son bastante temidos, pues cuentan con asesinos; realmente preferirían que él solucione todo discretamente como contratado por el templo, y no que esté toda la corte temiendo a asesinos, y haya un conflicto escalonado. Más aún, de ser exitoso, le recomendarán para tener si lo desea el título de *caballero bendito*... y acceder a sueldo anual por el cargo... y hablarán ante el príncipe por escolta permanente si él lo desea... y supone que el príncipe estará agradecido siempre por su valiosa intervención extra en el reino... y recibirá la paga anual, honorífica de los caballeros. Era una gran oportunidad para *El Flaco*, y se toma unos minutos extra para pensarlo.

Los Puros: Es la religión oficial del glorioso Reino de Troncos, y creen en un Creador que premia la justicia, y honradez, incluyendo el tener una vida libre de excesos lujuriosos. Y son concededores de curación mediante el poder del espíritu, y pueden hacer retroceder a enemigos malvados con su sola presencia, además de distintos prodigios. Algunos comprobados, otros no. Pero es innegable que los *caballeros benditos* tienen un poder extra, y una vida intachable, y estarían dispuestos a hacer una excepción con *El Flaco*, porque hay cosas que hace medias chocantes para los religiosos. Como ser su manía de pasearse con cabezas de enemigos antes de cobrar recompensas; cosa que deberá dejar de hacer, y cuidar más las apariencias, si desea conservar el título, ¡a veces sale tambaleándose de los bares!...

Los Endemoniados: Lo poco que suelen conocer de ellos, los no estudiosos. Es que son los sobrevivientes a una antigua secta de brujos y hechiceros, adoradores de un ser celestial caído. Raptan, roban, destruyen, y matan al que los enfrente; se esconden, y tienen conocimientos antiguos que no se saben hasta donde llegan. Aparentemente son lo opuesto a *Los Puros*, pudiendo hacer aproximadamente todo lo que ellos hacen, pero solo con cualquiera que no tenga limpia su alma. Mientras que *Los Puros* dicen poder hacerlo aún ante inocentes. Y tienen tatuados dragones, serpientes, y poseen la parte blanca del ojo del

color negro o rojo en algunos casos. Tienen más fuerza de lo normal, y las mujeres a falta de fuerza extra son muy ágiles. No respetan rey alguno, y sin embargo siempre se ha rumoreado que los reyes han contratado a sus asesinos en toda época. Y muchas veces son consultados, ya que están enterados de lo que pasa en el mundo.

El Flaco, que hace unos momentos estaba fastidiado de la vida, evalúa si realmente quiere meterse contra tal grupo. Porque valora su vida, y sabe, tendrá que actuar como un asesino encubierto. Pero pesa en la balanza de su mente que los beneficios son mayores que los riesgos, porque él se tiene fe, y más aún con cinco *caballeros puros* de su lado. “Es cierto -se dice así mismo-, los *endemoniados* seguirán odiando a los *puros*, y él al fin y al cabo no será más que un simple guerrero entre muchos. Pocos teóricamente sabrían que fue él. Además no le agradan los asesinos, ni los brujos.

Los *Caballeros Puros* (también llamados comúnmente *caballeros benditos*). Del grado de los caballeros, saben pelear como estos, y más aún, conocen y pudieron alcanzar las bendiciones de *Los Puros*. Ya que tienen una vida digna, y creen en El Creador, y además de entrenarse en armas, se entrenan en el alma y el espíritu. Cómo mucho habrá cien de ellos en todo el reino... Como todos sabemos, el más admirado es FuegoSanto, que está al lado del Rey Supremo. Y llevan un pañuelo blanco atado al brazo, o una tela blanca; como símbolo de su pureza mientras la tengan.

En medio de datos que le daban, el héroe, apenas escuchaba. Se puso en pie y dice:

– ¡Acepto! Pero yo idearé y comandaré totalmente el plan, y requiero a los cinco *caballeros puros* en armas, suministros, y todo pago. Y en anonimato trabajaré junto a ustedes, y aceptaré la guardia permanente fuera de mi casa luego. Además de mi querido amigo mendigo, que les aseguro no saben como

pelea... Y quiero todos los beneficios posibles; soy consciente de que la misión es muy grave, peligrosa, y esto dudo tenga fin algún día para mi.

– ¡Bien! Recibirás ahora la bendición –Dijo Mismi, sacerdotisa–. No te asustes si te desmayas unos minutos. Póngase en pie señor, y oraré al Creador ante usted.

Y así lo hizo *El Flaco*. Se rumorea que en cuanto la sacerdotisa puso sus manos sobre él y dijo: “Creador de los cielos y de la tierra, descienda tu poder...” Que es el principio de la oración de *Los Puros*, cayó al suelo como si se le hubieran pegado un fuerte golpe en la cabeza. Y la sacerdotisa no se detuvo, y él estuvo desmayado hasta la noche. Y a las horas entró su amigo, y estuvo presente, pero nada hablaron delante de él, del encargo; sino que dijeron que era necesario esperar porque se vio favorecido por la *bendición de los puros*.

2

Preparándose para la batalla.

Cuando despertó, se incorporó de apoco, y estaba algo confundido. Miró a su alrededor, y estaba la sacerdotisa y el mendigo. O mejor dicho su fiel amigo disfrazado de mendigo. Le dijo ella que Fernando se retiró con los guardias. Para llamar menos la atención. Igualmente pocos sabían de su misión, y ella tenía lo suyo pactado. Y que no se había informado nada a su amigo, pues, con quien él quiera hablar dependía de él. Pero recomienda cuanto más secreto mejor.

– ¿Qué me pasó? ¿Me golpeaste?

La sacerdotisa Mismi, ríe y le responde.

– Tienes un no se qué gracioso señor, disculpa mi risa.

– Sí, lo sé...

– Me sorprende –Continúa diciendo Mismi–, que te haya impactado tanto. Aunque claro, ahora que lo pienso bien, tú no eres alguien preparado. Que esté en medio de su preparación espiritual, y tal vez por eso te chocó el poder que recibiste tanto, o recibiste mucho...

– ¿Recibí poder? –Preguntó *El Flaco* poniendo cara rara.

– Estate seguro señor, que si antes te temían, ahora te temerán diez veces más. Pero recuerda que este poder solo te acompañará mientras seas puro, y concurras al templo a renovar-te cada tanto.

– ¿Enserio? –Continúa diciendo *El Flaco*, como quien está incrédulo de lo que se le cuenta, añade– ¿¡Qué!?! ¿Ahora como se cuenta, puedo hacer desmayar a impuros con solo pensarlo, y pasar invisible?

– Podrás hacer hasta donde te alcance tu fe, y la del Creador en tí.

– ¡Qué lo parió!

– ¡*Flaco* por favor! ¡Qué me hacés reír, y esto es algo muy solemne!

(Su amigo, el mendigo, también rió un poco, pero simplemente escuchaba en un rincón, esperando a ver qué pasaba, o le diera alguna instrucción. Continúa diciendo *El Flaco*.)

–Perdón ¿Pero y me enseñarás alguna formula mágica?

–No hay fórmulas mágicas –le explica Mismi–, tú simplemente concéntrate y haz como te parezca. El Creador te responderá. Por cierto, odia la magia, adivinación o semejantes; nunca te metas en esas cosas o perderás su poder. También odia que ores o rindas homenaje a otro dios, ya que él es el único verdadero.

– ¿Enserio?

– Sí señor, y soy consciente de que dependen vidas de lo que estoy diciendo. Intenta hacerme desmayar, aunque te aseguro que soy de alto nivel espiritual y no podrás. Y que se acerque tu amigo a un metro de nosotros.

El Flaco sonrió, pues se lo había tomado medio en broma. Su amigo miraba con los ojos abiertos a más no poder, y en silencio. *El Flaco* conteniendo una sonrisa que levemente se le escapaba, levantó sus manos en alto, y murmuró despacio y lentamente: “¡Creador, que se desmayen ahora!” Y para su sorpresa, su amigo cayó como muerto, y la sacerdotisa intentó agarrarse del *Flaco* manoteándolo antes de dejarse caer, sin poder; él logra alcanzarla, pero ella está casi desmayada. Le dice ella con apagada voz.

– Me sorprendes, creo que es su destino.

– ¿No lo maté verdad? – Dice *El Flaco* sorprendido, mirando a su amigo.

– No, no, pero ten cuidado de lo que pides...

– Asombroso... Pensé que solo era superstición, o imaginación, o algo parecido. Salvo casos especiales...

– No, es todo real –continúa diciendo la sacerdotisa con voz como apagada, pero recuperándose–. Una vez de niña vi a

un *caballero puro*, resplandecer como con luz propia, y su arma quebrar a otras. ¿Piensas que nosotros vamos al templo solo por capricho? ¿O porqué no sabemos divertirnos? ¡Pues no!

El Flaco intentó despertar a su amigo, no pudo, y lo recostó en un sofá antiguo. Mismi, la sacerdotisa, a los minutos estuvo bien sola. Le dijo que mejor lo deje descansar hasta mañana, que no intervenga más en él con su poder, que estará bien, y que intervenga si ve no despierta mañana. Y dijo que le terminará de dar rápidas instrucciones, y le entregó según lo acordado, las monedas del anticipo. *El Flaco* contestó.

– Bien, será una misión secreta, yo no quiero tampoco ser acosado luego por asesinos. Tendré mi cara tapada, y cambiaré mis ropas en el camino. En cinco días, me reuniré con los *caballeros puros* en *las ruinas del castillo resonante*; intentaré rescatar a la cautiva, y dar muerte a todos los *endemoniados* secarios.

– Tal vez, si es que tienes mucho poder puedas liberarla. Es como un hechizo poderoso que tendrá, pero tu luz podrá liberarla, si tienes la suficiente. ¿Y sabes? Si logran acabar con todos, y consideran oportuno explorar, tal vez encuentres cosas útiles en el lugar. Los caballeros te dirán qué puedes quedarte y qué no, de esas cosas. Tú sabes... no se sabé que cosas ocultas podrían haber allí. Y otra cosa señor, que temía decirle, y es sumamente privado.

– ¡Mierda! ¿Qué? –Y miró si su amigo seguía dormido.

– Sí. Sobre la *hija del padre*, tal vez ya no pueda estar en el templo. Incluso ya tendrá marcados sus ojos y la piel; seguro fue lo primero que le hicieron, y será mejor que haga una nueva vida junto a ti. Esto es un secreto, guárdalo en tu corazón.

El Flaco no supo qué decir, pero hizo fuerzas para no emocionarse esperando de que sea hermosa. Le dieron ganas de salir corriendo, él solo a cargarse a todos los *endemoniados* y rescatar a su princesa... Pero logró decir luego de un pequeño silencio:

– Bien, estamos de acuerdo. ¿Te acompaño ahora a algún lado?

Mismi, entendiendo lo que pensó por su interior, su ya buen amigo, se alegró por dentro de la esperanza y dijo.

– Si no te molesta me iré al amanecer, y que piensen lo que quieran los que me vean; menos lo que realmente hemos planeado. Me encontraré con mi grupo, y marcharemos rápido, y te encontrarás a los *caballeros puros*, listos para la batalla en el lugar previsto. Seguramente estarán allí desde un día antes. Por cierto, esta será la señal de la misión:

Se paró, y dibujó en el aire un círculo, y dos líneas: Una a la izquierda del círculo, y otra a la derecha, y bajó el brazo. *El Flaco* comprendió que era la clave para que entre los caballeros y él, se reconozcan desde lejos.

Y no le quedó otra al héroe que ponerse a hacer la comida. Pues ya era tarde, y estaba muerto de hambre. Hizo su comida preferida: Pan fino (estirado y leudado), con queso derretido arriba, tomates cortados y muchos condimentos distintos ¡Prefería eso antes que una comida de reyes! Aunque de vez en cuando una comida de reyes no vendría mal, pero bueno... A veces, le ponía pedacitos de carne también. Mismi veía al guerrero con un delantal, para no ensuciarse cocinando, y sonreía por dentro. Pensaba, “sí que es especial”. Hasta tenía flores decorando su mesa.

Charlaron de cosas generales, y recibió algunos datos extra para saciar su curiosidad; sobre los dos intentos previos de rescate, y eliminación del “grupo de asesinos,” como los llamó ella. Y notó, que iba a ir contra un grupo entrenado. Que esta vez, no estaría peleando contra delincuentes y asesinos comunes, generalmente borrachos de mala vida. Sino contra profesionales bien entrenados y comidos; y se dio cuenta, el porqué de la importancia de ese poder espiritual que de golpe recibió. Porque sin ello, ante el menor error podría llegar a ser presa él mismo de ca-

zadores, o ante la menor duda siquiera de: “¿Me estarán haciendo un daño espiritual?”, sumar nerviosismo, y ante cualquier sensación rara cometer errores. Nunca fue supersticioso, ni sugestionable, pero sabía que había cosas que no llegaba a entender, y siempre simpatizó por la religión de *los puros*. Y también, cosas sobre *los endemoniados* pensaba que aparentemente eran ciertas.

Sus enemigos, no solo son un grupo encerrado en una cueva, en medio de la nada; tienen vigilado el lugar. Ya hacía planes, pensaba; tendrían que movilizarse silenciosamente de noche, para evitar una pelea frontal, y no que el enemigo se organice y no poder cumplir. Se dio cuenta que su misión era ser un asesino de legendarios asesinos, contra los cuales nadie quiere meterse. Aunque claro... nadie salvo sus opuestos, los *caballeros puros*... Ahora en su interior sospecha de porqué lo contratan a él, si él cree que los caballeros están mejor entrenados que él mismo. Es muy dedicado al combate y estudio, pero algunos caballeros ya comienzan a estudiar, y a entrenar apadrinados por el reino, a los ocho años de edad; y si además son apadrinados por la iglesia, ¡uff! ¿Porqué será que lo llaman a él? En el medio de la comida no aguantó más su razonamiento:

– Disculpa ¿Cómo es que buscan contratarme a mi? Yo presupongo que los *caballeros puros*, están mejor entrenados que yo.

– Me sorprende tu humildad, enserio.

Y rieron un extra acompañados por el buen vino, ya que la sacerdotisa no pudo aguantarle la mirada sin reírse. Pero continuó reverente.

– Ya sabes que la señorita que liberaste, acompañaste, y no quisiste tener por mujer cuando ella, sí estaba enamorada de vos. La pequeña y muy linda. ¿Sabes de quién habló sin parar, verdad? Y su sirvienta que se llamaba Daniela, y te rechazó... Hablaron maravillas de ti.

– Mierda ¿Saben toda mi vida?

– ¡Jaja! Bueno, todas tus historias son muy interesantes, y realmente creo que eres único, y no solo yo. Resulta que el *pa-*

dre principal zonal, a quien tienes que rescatar a su hija, sintió cuando estaba en oración, que tú tenías que ser el encargado. Y al oír de tus historias, y sentirlo, dejó a su hija en tus manos.

Mismi se lo quedó mirando, él se la quedó mirando un segundo, digiriendo lo que acababa de decir. Tomó un sorbo de vino para ganar tiempo, y dijo.

– Obvio que la recuperaré, y la defenderé con mi vida. ¿Pero no será que se dejó llevar?

– Como todo buen caballero respondes –le dijo Mismi seriamente y con mirada fija, como si no hubiera tomado una gota de alcohol–. No tengo la menor duda de que cumplirás, y señor, yo creo que el príncipe de Tinkentou no dudará si cumple la misión, nombrarlo caballero, aunque ya sea como uno; tendrá los beneficios y obligaciones si acepta el cargo -aunque sino acepta, dudo no lo nombren igualmente-. Y está, sepa usted, invitado a profundizar sus conocimientos de guerra y espirituales en la iglesia, en donde contamos con maestros que enseñan a los *caballeros puros*. Será tratado de forma especial, como a un digno rey, más aún como a un enviado del Creador. Igual sabés que el reino cuida mucho a sus caballeros, son las columnas...

– Sí, sí... Soy consciente de que mi vida ha cambiado ayer... ¿Pero no será que se dejó llevar?

– *Flaco*, es mi líder religioso, y doy fe de que es una persona muy sabia que no se deja llevar por historias. No le fue fácil convencer a todos que se te contratara...

Él la miró en silencio, miró un instante la pared de su casa, a ver si se le pasaba alguna idea por la cabeza. Vuelven a disfrutar de la comida y la bebida. Finalizando esto, Mismi le da algunos recursos que utilizan los *caballeros puros*, con un manual escrito en pergaminos de papel, por ella misma. Le dio productos para mejorar su fuerza, reflejos, concentración, por si sufre heridas o es envenenado, cosas así. Algunos solo los puede usar máximo un mes, otros los puede usar mientras los tenga, otros duran su efecto horas...

A la mañana ella se retira toda sonriente; el amigo mendigo, había vuelto a ocupar su posición horas pasada la mediano-

che, al despertar confuso, y después de comer y alegrarse por el progreso de su señor amigo.

Esa misma mañana, *El Flaco* comienza a prepararse. Hacía tiempo que se estaba armando una excéntrica armadura, aunque con bajo presupuesto, pues como sabemos una buena armadura cuesta mucho dinero. Es toda negra, nunca lo vieron con ella. De afuera tiene y parece solo de cuero, pero tiene hierro adentro; en el pecho, espalda, cuello, cabeza, antebrazos, muslos, y todavía no había metido el hierro en la canilla, pero sí en los tobillos. Hasta posee una protección especial de hierro, para añadirle al arco de forma tal que no le dañen la mano al sostenerlo. Es hermoso el equipo, y no le quita agilidad. Solo lo hace un poco más grandote, y no lo cansa tanto como para poder llevarla todo el día montando a caballo, y pelear cuando se requiera. Le ha podido descontar peso, al solo meter el metal en partes claves y descontarlo de otras, total como no se nota que es armadura, los arqueros intentarían darle en el pecho, y no por ejemplo del costado en las costillas; aunque un poco si las tiene cubiertas también por una tira de hierro, como para frenar un corte horizontal de un hacha de verdugo. Sí, le puso un barrote de reja. Su armadura posee también una capucha a modo de casco, también fortalecido con hierro de forma acorde incluso partes del cuello.

Al anochecer ya estaba listo para ir camino a la batalla; comenzó incluso a usar los suplementos de los *caballeros puros*, y se sintió como más fuerte y despierto. Está vestido como siempre, pero lleva varios bultos. Su nueva armadura se la colocará fuera del pueblo; pensó todo para que supongan que simplemente va a hacer algún trabajo normal a algún lado. Tiene su espada enfundada en la cintura, tres dagas, y el arco y flechas en la espalda. Le dejó instrucciones a su amigo al salir.

– Estimado, como siempre si no vuelvo, cuidame la casa hasta que lo haga. No riegue mucho la planta nueva roja.

– Aunque tarde mil años. Sí señor, sí, y veré si le consigo una nueva para su colección.

– Obviamente, como siempre, usa el dinero para comprarte lo que necesites.

– Éxitos y buenos caminos por siempre señor.

– Gracias amigo, espero volver en menos de un mes. Si todo sale bien, o no me quedo entretenido por allí.

– Seguro estará todo bien, aparte ahora, creame que se lo siente más poderoso, tiene algo que antes no tenía.

– Cosa rara sí, recuerdo una vez que estuve ante un *caballero puro*, y sentía su presencia, y ahora parece la tengo yo... Ehh ¿Estás lloriqueando?

– Disculpe señor, no sé, algo en mi interior se desarma.

– Ya, amigo, que siga bien.

Y le dio un abrazo, le dejó vino, pan y queso, y se marchó. No piense que el mendigo era un sucio mendigo, solo se lo veía con harapos, pero vivía limpio, y entrenaba de vez en cuando con *El Flaco*, y tenía una casita afuera del pueblo, donde iba a dormir a cualquier hora. Pero se quedaba poco en su casa, porque sentía la inquietud en su alma de no abandonar su posición enfrente de la casa de su señor. Lo peor que podría pasarle en la vida, es que atacaran a su señor, o su casa; sin que él estuviera allí, o que alguien entrara a robarle en su ausencia, sin antes pasar por sobre su cadáver.

3

El Flaco entre caballeros puros.

Cargado, fue a buscar a su caballo, que se lo cuidan en la caballería de la entrada del pueblo, y se puso en marcha. Su caballo quedó demasiado cargado, pero evaluó que descansaría de a ratos. Se encuentra, a día y medio de viaje, de las *ruinas del castillo resonante*, y calcula que llegará junto con los *caballeros puros*, prácticamente ambos un día antes de lo planeado.

Viaja tranquilo, sabiendo que ese puede ser su último viaje que emprenda en la vida. Y ya lo decidió: Antes de caer gravemente herido, prefiere morir. No sea que nunca más pueda volver a pelear, y no quiere para nada la vergüenza de cargar sobre él con la derrota.

Extrañamente siente paz, y disfrutó desde el momento en que saludó a su amigo, el recorrer las sendas del pueblo que ya recorrió mil veces. Por donde se mire allí, predomina la piedra. Piedra sobre piedra, techos de piedras, torres de piedras, algunas rejas, y algo de madera, en puertas, ventanas, y vigas; también hay algunas plantas y árboles. Entre medio de las casas hay algunos comerciantes, de todo tipo, incluso unas tabernas y un par de herreros. El pueblo está lleno de senderos pequeños, pequeños puentes, y considerable gente lo mira y lo saluda al pasar. Algunos le desean suerte y que regrese bien, él les responde con una sonrisa a algunos, con alguna palabra a otros. Hasta soldados de vigilancia de las torres, le gritan saludos de éxito.

Ya alejado lo suficiente del pueblo, se desvía hacia el lado contrario; para cambiarse totalmente de equipo, e incluso cambiar algunos detalles de su caballo y bultos que lleva. Hace hasta donde le es relativamente fácil, ya que presupone que allí donde va, nadie le va a reconocer el caballo, pero sí, si llevaría la

armadura y armas de siempre, sería a la larga reconocido si se preocupan por averiguar. Lo mismo que si estuviera con la cara descubierta, su nueva armadura hasta tiene cubre boca y nariz, de cuero más metal. Una vez que está listo, retorna el camino que debe andar. Se da cuenta que vestido así resalta entre la gente que lo mira de reojo, y eso que se cubrió con telas blancas hasta la cabeza, para no recalentarse de calor, y no se había tapado la cara del lado de adelante. Solo espera que no lo paren guardias que lo reconozcan. Tiene su identificación, pero debería decir que va a probar su nuevo equipo si le preguntan por su cambio, y eso ya sería peligroso para su anonimato. Ni siquiera dice una sola palabra, a algunos que le hablan tonteras por el camino, o le preguntan algo, no sea que le reconozcan la voz, y se arrepiente de no haber cambiado de caballo.

Le llama la atención a él, que algunos le sienten una precedencia extraña, la presencia que irradia *los puros*. Sin embargo obvió un detalle: colocarse una tela blanca atada en un brazo. No lo olvidó, en realidad no tiene ni idea de cómo ser un *puro*. Y no le gustaría que lo paren en medio del camino para pedirle algún tipo de ayuda, realmente quiere pasar lo más desapercibido posible.

Cada vez que pasaba delante de guardias, murmuraba “Creador hazme invisible. Confunde sus mentes, que no reaccionen.” Se dio cuenta que sentía algo cada vez que decía esto. Algo interno, especialmente en su pecho, cabeza, y aveces cuello. Y supuso que Dios lo escuchaba.

Y recorriendo el camino, sin más, comenzó a ver el atardecer. Sobre el punto de encuentro, no estaba seguro de si llegar con más luz o con menos. Así que se dijo “cuando llego, pues llegaré”. Al lado de las ruinas hay un pequeño camino, poco transitado a esa hora, de día algo transitado. En todo el trayecto estuvo cubierto por las telas blancas, incluso parte del caballo. Se las sacó, las guardó, y siguió avanzando a pie junto al caballo, equipando arco con flechas en su espalda, y espada en su cintura. Ya comenzaba a transitar terreno peligroso.

Llegando hasta la puerta de las ruinas vio marcas de seis caballos, supuso eran de sus compañeros. Entró a las ruinas. Cada paso que daba resonaba, y resonaban ruiditos a cada rato. No se suele meter gente allí por causa de los lobos, que a veces pueden andar en manada, agudizó sus sentidos, y se dio cuenta que veía mejor que de costumbre, aunque ya prácticamente era de noche.

Sintió que un *caballero puro* lo miraba, simplemente lo supo; aunque no lo vio, desde alguna parte de la muralla de las ruinas. Se detuvo en el medio, a poco de entrar, e hizo la señal, hacia adelante, y hacia los costados, y esperó. A los pocos minutos un *caballero puro* se acercó.

Le pareció impactante, ¿qué decir? Hermoso. Su armadura parecía como si resplandeciera con la luz de la luna, caminaba como una montaña, no es que fuera muy grandote, pero se veía imponente. La armadura estaba totalmente lustrada, y totalmente limpio el sobreveste con el escudo de armas de los *caballeros puros*. Por si fuera poco, además de armadura tienen cota de malla. Llevan de costado, agarrado al cinturón y a una pierna, un bolcito también con el escudo, allí tienen distintos elementos para curar heridas, y cosas para mejorar el rendimiento en batalla; para hacer infusiones, unas especies de galletas para comer, otra un alimento en forma de barra comible que da muchos beneficios en corto tiempo. También llevan hiervas, frasquitos llenos de sustancias, vendas, agua, agujas, hilo, cuero, etc. El escudo está formado por dos escudos: El león con el sol, que es el símbolo de los *caballeros puros*, más el escudo del reino del lado derecho. Indudablemente ellos no querían pasar desapercibidos. Suelen equipar espada más unas extrañas ballesta de repetición de tres tiros, que para recargarlas parcialmente tardan segundos, pero necesitan ambos brazos, y cómo sabemos no son tan precisas y rápidas como un arco. Hizo el símbolo.

El Flaco se estremeció. Sin saber porqué se llenó de fuerzas, como para no descansar y pelear ya mismo contra un escuadrón completo. Se tomó su tiempo antes de avanzar, y se colocó

la tela simbólica en el brazo derecho. Y avanzó con su caballo al encuentro del caballero, los dos firmes, como si el otro que se le acerca fuera un rey. Y es qué realmente lo piensan.

– Señor, un gusto en conocerlo –dice *El Flaco*.

–Señor, un gusto conocerlo y pelear a su lado –le responde Albano–. El Creador nos guíe.

– El Creador nos guíe.

– Señor –añade Albano–, diríjase a la *torre del homenaje*. Allí encontrará a tres caballeros, yo y nuestro compañero Allard, estamos de guardia en estos momentos.

– Prosigo.

Fue recorriendo las ruinas antiguas de aquel castillo; escombros, restos de construcciones, vigas, montañas de piedras, plantas y yuyos repoblándolo, animalitos, de vez en cuando algún ruido que resuena. Entró en la torre, encendió una antorcha con otra que estaba allí, dejó el caballo, junto a los otros, y subió las escaleras. De vez en cuando hizo alguna pausa, extrañamente comenzó a sentirse un poco bajo peligro, como si algún enemigo estuviera cerca. Pero lejos de preocuparse, disfrutó de la vista que se imponía a su alrededor de las ruinas, y llegó a ver de lejos el bosque y la *montaña del cielo negro* por una abertura.

Al llegar saludó a los otros tres *caballeros puros*: Bennett, Gawain, y Tornado. Había escuchado sobre Tornado, como ha vencido a grupos enteros él solo, cayendo los enemigos uno a otro ante sus pies. Se dio cuenta en ese instante, que de ninguna manera era el líder de aquel grupo. Tornado era el jefe de los *caballeros puros* de la religión en Tinkentou, y varias veces peleó comandando a muchos. *El Flaco* al escuchar que ese nombre estaba allí, se alegró por dentro, suponiendo que viviría. Una vez más dudó de que lo llamarán para tal misión, y se entristeció; si no fuera porque son *puros*, estaría desconfiando en ese momento de si no era, sobre él, el que recaería toda la culpa de todos los problemas del reino, por la pelea de *los puros* contra *los endemoniados*, por estúpido soñador. Pensamientos rebotaban en el

laberinto de su azotea “¿Qué tan pura es verdaderamente la iglesia?” “...Pero no, no puede ser que me estén engañando, siento algo distinto, tienen algo distinto...” Luego de decir palabras cordiales, ante la invitación de Tornado de que se sentara junto al fuego, lo hizo ¿cómo no? Se sentía mucha paz allí, y Tornado habló.

– Me alegra que esté aquí señor, la misión es difícil. Seguramente escuchó hablar de mí, pero una cosa es pelear a campo descubierto, y usando nuestras virtudes espirituales, y otra en una guarida de *asesinos endemoniados*, y para peor teniendo que rescatar a la hija del *padre principal*. ¿Sabe qué? No sabemos si nos encontraremos, con diez o con cien enemigos.

– Enfrentaremos la batalla –respondió sin dudarlo *El Flaco*.

– ¡Claro que sí señor! Pero usted pase lo que pase, tendrá a su cargo a la señorita; y como se habrá dado cuenta, usted es el único arquero aquí. Nosotros no podemos apuntar bien con esta armadura, tenemos ballestas claro, pero o repartimos espadas o apuntamos, y estamos acostumbrados a estar cubiertos por el hierro.

– Prefiero el arco corto, si tienen unas flechas extra para pasarme, bienvenidas.

– ¡Claro qué sí señor! Ya me está agradando, debería llamarse *Esperanza* –Hizo una pausa Tornado intentando darse cuenta el porque lo llamó “Esperanza”, y al poco añadió.

– Señor, realmente comprenda lo siguiente, usted tiene que salir de allí vivo con la señorita, este conflicto no debe escalar. Nosotros afrontaremos nuestro destino.

– Señor, yo no soy de los que huyen en combate.

– No lo dudamos señor. Pero le rogamos que pelee hasta dónde sepa que podrá escapar de ser necesario, y con la señorita. Ella, no solo es una persona influyente, si su voluntad se quiebra, y creemos que no ha pasado aún, conoce toda la organización de los *puros*, porque ella también es guerrera en formación de un grupo en secreto, de mujeres guerreras, que hasta ahora espero siga en secreto.

– ¡Mierda, todo siempre es más complicado de lo que parece!

– Sí señor, pero el Creador nos ayudará.

– ¿Y cómo sabe que aún es fiel?

– Ella ya terminaba su instrucción, y no va a sucumbir por meses de cautiverio, o aunque la droguen, teóricamente aprovechando ser raptada se ha hecho pasar por uno de ellos señor. *Los endemoniados* no suelen torturar y matar a los raptados, oprimen sus mentes, los marcan, y los hacen seguidores.

– ¡Uff! Si que es importante la situación, ahora comprendo bien. Gracias. Cuente que haré todo lo posible por liberarla. – *El Flaco* hace una pausa, se queda pensando y añade:

– ¿Pero ella entonces nos seguirá? ¿Pensé qué se dudaba de si estaría cuerda o no?

– Dudo que nos siga sin pelear o ser liberada en el espíritu. Debe estar como en un estado de sueño. Atrapada por la oscuridad. ¿Cómo explicarle? La voluntad de la señorita debe estar al límite, confundida, con los secretos bien guardados, pero al mismo tiempo como si fuera un animal salvaje que atacará a donde le señalen que ataque.

– Mierda...

– Sí, y comprenderá que tiene que esforzarse por no matarla, ni no morir en manos de ella, por favor señor.

– Joder...

Y sin poderlo evitar los caballeros rieron y sacaron vino, y otras cosas extrañas con que lo mezclaron para estar bien fuertes durante un mes. Le dieron un retrato de la cautiva al *Flaco*, y él aprendió más cosas, y se sintió amigo de ellos, y ellos de él. Y volvió a temer por su vida aunque estuvieran dos Tornados allí presentes...

A la mañana temprano se movilizan, irónicamente no saben bien dónde están sus enemigos. Los dos grupos que se toparon los del reino, fue cerca de la montaña, y espíar a espías es

algo sumamente complejo, pero cómo dijo Bennett “El destino los guiará a su destino”. *El Flaco* pensaba que sabían bien dónde había que ir. Pero cada vez se da más cuenta, de que están complicados, y de que de algún modo querían en gran manera los *puros* que él fuera, y en parte minimizaron, y le ocultaron información.

Al adentrarse en el bosque, Allard y Gawain avanzan de la forma en que se moverían durante días. Uno a la derecha, y otro a la izquierda, y a cincuenta metros del centro; donde están los caballos y los otros cuatro. En el bosque, obviamente que no montaban a caballo, no sea que se les rompa una pata. Cambiarían posiciones, pero siempre habría dos separados de los cuatro, esa era la estrategia, y estaban con toda la armadura puesta, para que no los matara un asesino saliendo de la nada, o una flecha disparada desde un árbol. Todo el tiempo extremadamente silenciosos.

Dos veces antes de llegar a la montaña mataron a tres. Dos asesinos atacaron por la espalda a Tornado, pero no pudieron contra él. Fue así que ocurrió.

Tornado estaba montando guardia como de costumbre, haciéndose el dormido, entre oraciones internas al Creador, y meditación de la vida. Y escuchó y sintió, que venían dos o más: uno de su lado derecho, y otro del izquierdo. Eran *asesinos de los endemoniados*. Cómo todos, él nunca se sacaban la armadura, salvo uno por turnos, y por necesidad. Los llegó a ver, lo miraban fijo, y se acercaban sigilosamente. Si no fuera porque tienen la visión más sensible *los puros* bajo misión, no lograría verlos. Estaban totalmente de negro, sin ningún tipo de armadura, ropa de cuero, y pintada la cara con barro, apenas se veía su silueta, pero algo de sonido hacían, como una serpiente arrastrándose en tierra.

Se abalanzaron al mismo tiempo sobre él, muy silenciosamente, a atacarle la cara; pero se cubrió con su escudo de un lado, y con su espada de otro, con la que automáticamente dio

muerte al instante a un asesino. Con el otro tuvo que medirse en batalla.

Mientras a uno mataba, el otro lo golpea fuertemente en la cabeza con el mango de su espada, pues suelen tener dos. Pero logra Tornado, empujarlo a distancia de un metro y posicionarse para batalla, el otro asesino, ya no tenía la cabeza. La batalla duró medio minuto. Tornado con su espada y escudo, el asesino con dos espadas. Fue una lluvia de golpes, atajadas y estocadas de los dos lados, pero ganó Tornado por la armadura. El asesino no podía llegar con la suficiente fuerza, como para atravesarla, o poder filtrarse por algún lado, y a Tornado una sola vez le bastó.

La segunda vez, estaban avanzando con los caballos, Tornado, *El Flaco*, Allard y Albano; con los caballos y provisiones. Y charlaban en voz baja. Se burlaban del *Flaco* haciéndole chistes sobre la virginidad, porque hay que ser o virgen, o tener esposa. Y todos menos él ahí tenían esposa. *El Flaco* estaba un poco distraído, y literalmente una flecha impacta en el medio de su cabeza desde adelante, y cae a tierra. La flecha no se enterró en él, se rompió, pero lo desestabilizó el repentino impacto. La capucha del *Flaco* por dentro son placas de metal, como si fuera una canoa en forma de cono, y con el cuero sobre ellas parece una simple capucha. Les empezaron a llover flechas de uno o dos arqueros. Al *Flaco* le impactaron cuatro hasta que un compañero lo cubrió, no reaccionaba. Se cubrieron, recibieron algunos impactos en sus armaduras, pero los caballeros empezaron a tirar con sus ballestas en dirección de donde los atacaban, al tiempo que los del costado acortaron distancia. Al fin vieron, y le dieron a uno, pero aparentemente eran dos, y no lo vieron al segundo.

Cada vez que reciben un buen golpe en la armadura, por lo general es un buen moretón, salvo que sea con un arma preparada como una maza, o un arco y flecha muy poderosa, en un fuerte arquero, a poca distancia.

El Flaco estaba molesto, y más aún después de que lo voltearan a flechazos, sentía que los caballeros lo cuidaban a él.

Del mismo modo que él cuidaba a las señoritas que rescataba, solo faltaba a veces que le dijera alguien: “ten cuidado, no te tropees con ese tronco”, “cuidado con ese hormiguero”, o “dame la mano para pasar el río”.

Sin embargo allí entre los *caballeros puros* aprendió a orar, y sintieron ellos, que en él había algo especial. Albano le explicó: “Simplemente habla con el Creador de todo, como si fuera un buen padre, y pon énfasis en lo que le pides como si fuera tu madre, porque es esto: Padre, Madre, Buen Amigo, Rey; todo al mismo tiempo, y espera que le pidas de la forma adecuada según su justicia.”

Y no solo aprendió a orar. Entre charlas aprendió distintas cosas, como por ejemplo que el frasquito rojo que tiene, lo tome solo cuando se sienta que se va a morir. Son muy difíciles de conseguir sus ingredientes y de prepararlo, y se les da a cada *caballero puro*, uno por misión especial. Hace un montón de cosas, entre ellas frena hemorragias, el dolor, y da fuerzas. Puedes seguir peleando aunque te corten un brazo. *El Flaco* se lo colgó al cuello dentro de una bolsita, como lo hacían sus compañeros, Mismi le había dado dos -comprendió que uno no era para él-. También le dieron varios para ayudar a despertar a la señorita si no reconocía a *los puros*, uno se lo colocó en el cuello en otra bolsita. El escrito que le había dejado Mismi fue una gran ayuda, pero no estaba todo. Se enteró allí que Tornado y Bennett en algunas oportunidades la instruyeron en combate, a la que tiene que liberar, y otras mujeres. Y le dijeron que era muy bonita y simpática.

No les duró mucho la comodidad de los caballos, y eso que los protegían con escudos y estaban en el medio de los cuatros. Los enemigos intentaron varias veces matarles los caballos, y mataron a uno, y mataron a otro, de repente alguna flecha silbaba e intentaba impactar. Los querían desgastar a los intrusos, nadie quiere perder elementos importantes de batalla que cuesta una vida entrenarlos. Ya *los endemoniados*, habían perdido a dos asesinos y un vigía. Notaron como *El Flaco* se esforzó por proteger a su caballo, claro no era un simple caballo del ejército, era

su compañero de viaje, y ni hablar de lo que cuesta tener uno. En realidad ya los cuatro protegían a los cinco que quedaban, que sobrecargados de cosas, estas también los protegían. Comenzaron a avanzar más lentamente, estando muy atentos además no les quedaba otra.

Había especial atención cuando se topaban con accidentes del terreno, tales como un río lleno de piedras, siempre volaban flechas del otro lado hasta que estaban cerca de la orilla, y desaparecían los enemigos como si fueran fantasmas. Bastaba que dos se posicionaran del otro lado, dando vuelta la espalda a sus amigos, con ballesta en mano -y cubiertos con su escudo-, para que *los endemoniados* dejaran de atacar. Claramente eran un equipo entrenado. Claro que ellos también les tiraban algunas, pero se cubrían bien y retrocedían.

Y seguir sus rastros no era útil, todo el tiempo, rastros de enemigos los rodeaban a ellos, de seguirlos se la pasarían dando vueltas por el bosque. Era como que los invitaban a sumergirse a los intrusos en una pesadilla.

4

Buscando la entrada al infierno.

Tenían que cazar a un enemigo, para poder drogarlo, y que les dijera dónde está la entrada a su asentamiento. Ya se encuentran en los bordes de *la montaña del cielo negro*, lugar donde nadie transita de los que quieran volver sanos a su casa. Así suele ocurrir en los asentamientos de *los endemoniados*: primero desaparece mucha gente a su alrededor, luego se rumorea que de esa zona nunca nadie vuelve, que cosas misteriosas deben pasar allí, al fin comienza a intervenir el reino, o les pasan la misión a la iglesia, después de todo para algo tienen soldados. El bosque es muy tupido, y generalmente el cielo se lo ve negro por las nubes espesas. Hay continuas lluvias, a veces de varios días. Los *caballeros puros*, le colocan una sustancia en el agua para sentir menos frío, y comen una especie de galletas cuando están en campaña de batalla, que les dan fuerza, son analgésicas, y no se les resta masa muscular, por falta de entrenamiento... sí, son muy meticulosos, por eso uno vale por muchos. Están bien equipados, pero ¿Cuánto pueden aguantar el desgaste de los enemigos, estando día y noche alertas? Tardaron cuatro días en llegar a un borde de la montaña.

Y en cuanto llegan, logran divisar claramente a dos vigías que les disparan flechas. Esta vez los disparos no son ciertos. Los caballeros se cubren, y Tornado, le hace una seña al *Flaco* para que se encargue; mientras, los otros dos que siempre estaban separados, ya los estaban encerrando a tales vigías.

El Flaco se movió rápido como una liebre, saltando y yendo de aquí para allá, le tiraron a él, pero estaban lejos de darle. Al fin rodearon el árbol donde se encontraban, vieron una plataforma de madera, los dos *caballeros puros* apuntaron con sus ballestas, *El Flaco* trepó, ayudándose con dos dagas, y esqui-

vando apenas dos piedras que le tiraron, y eso que lo cubrían sus compañeros, pero las patearon hacia abajo... Asoma un instante la cabeza por sobre la madera, y observa a dos mujercitas, jóvenes, claramente de *los endemoniados*, tatuadas, con ojos negros, asustadas, aunque con apariencia de ser peligrosas. Una abraza a la otra temblando contra el árbol.

El Flaco agacha la cabeza en gesto de lamentarse, y expresa un buen insulto...

– No les haré daño, subiré.

Llueve, ellas intentaban contener un leve llanto, les hizo dejar sus armas, y lo hicieron, no sin tratar de clavarle una espada. Tenían arcos con pocas flechas, se veía unos suministros allí, y un cuero teñido de verde y marrón, para taparse del clima o quedar camufladas, y poseían dos pequeñas espadas cada una. Bajaron mediante una soga con nudos.

Las capturaron, les ataron los pies y manos, las manos por delante para verlas, a sus piernas. Se larga un chaparrón, fuerte y trueno. Bennett dijo “voy a vigilar”, y Alland dijo “Yo”. Y *El Flaco* les preguntó si querían agua, y una le sonrió empapada por la lluvia, y le dijo “no gracias”. Y les preguntó otra cosa:

– ¿Cómo llegaron a estar así?

– Somos nacidas en la montaña, y cumplimos nuestro deber del momento.

– ¿Cuántos son? – Siguió preguntando él.

– No somos tontas, antes de darles información moriremos. –gritó la otra, y *El Flaco* le tapó la boca delicadamente, y la amordazaron.

– Corazón – Siguió diciéndole *El Flaco* a la otra que le había sonreído–. Si no hablas tendremos que drogarte. Matarte no podrán, estás protegida, y una vez que te demos de beber tal preparado especial que tenemos, nos dirás toda la verdad y te dejaremos libre, pero te dolerá todo, y quedará dañada tu cabeza.

Y la mujercita se puso a llorar tratando de no hacer ruido, los caballeros se desplegaron, y las dejaron en medio de los caballos junto al *Flaco*.

El Flaco pensó: “Qué fácil que la hicieron, me dejaron a mi esta carga, y estas dos criaturas que ya están condenadas, si vuelven quien sabe qué les harán, y si están con nosotros cómo terminarán”. Se las veía como a dos animalitos asustados, aunque claro que de tener una espada duda de si se la clavarían o no. Nuestro héroe estaba que contenía la tristeza, y ellas sentían calor en el pecho, porque él se moría de amor, y lo irradiaba. Y los *caballeros puros* preferían ni acercarse, ni decir palabra alguna.

– Siento raro el pecho señor – dijo la que podía hablar entre sollozos.

– No me extraña –le respondió él, y añadió–. No es nada, no te preocupes.

Las dejó ahí, rogando que se escaparan, y fue a Tornado. Se miraron en silencio, se acercó Albano, y fue él quien comenzó a hablar:

–Dejémoslas libres señores, y que el destino se encargue de ellas. No vamos a torturar a dos niñas indefensas para arrasar un asentamiento.

– Estoy de acuerdo –Dijo Tornado. Añadió–, es posible que no sea un simple escondrijo, que sea todo una fortaleza o villa oculta, con guardias, y vivan familias enteras de *los endemoniados*. Cada vez detestamos más esta misión.

– ¿Y si las adopto como mis siervas? –Fue la voz obviamente del *Flaco*, media ahogada de emoción. Se lo quedaron mirando unos segundos.

Albano no quiso escuchar más y se alejó. Solo se había acercado para que no decidan hacerles daño o dos niñas, que incluso tal vez podrían ser rescatadas de su oscuridad. Le respondió Tornado enojado por la situación.

– ¿No era que querías pasar desapercibido? ¿Y tendrás como sirvientas a dos de *los endemoniados*? Sácales la información que puedas, y pasa por como si desobedecieras y les cortas

la soga. Diles que escapen, y nadie las detendrá, pasaré la voz. Y ya apurémonos que sea lo que Dios quiera. O no, ¡y que vengan a atacarnos así nos defendemos y se termina todo esto! Ya largo. ¡Un poco más y la llamas “mi amor”!

Cuando regresó a ellas, *El Flaco* que nunca les quitó la vista de encima, se sentó delante fastidiado, no dijo nada. Al poco se paró, y les hizo de guardia para pensar un poco. Buscó en su caballo una botella de hidromiel mezclada con aguardiente, y tomó unos tragos. Sus compañeros no se veían, estaban entre la espesa vegetación y el accidentado lugar, lleno de irregularidades.

Y el héroe pensó “¿Y si le pregunto a ellas qué quieren? Me importa una mierda que se quejen mis compañeros.”

Y ambas lo miraron acercarse al extraño enemigo con sus armas, viéndole ahora decisión en los ojos, de apariencia orgulloso, en un bosque, estando atadas e indefensas. Ellas llorosas y asustadas. Se sentó bien cerca de ellas, y él le preguntó lo que venía pensando, y se sorprendieron por tal pregunta; se miraron, y la que podía hablar dijo lo obvio.

– Dejanos escapar.

– Dame información, algo que me sirva.

– ¡Somos muchos, déjennos en paz!

– Eso no se puede. Dañan en el reino, raptaron, y están a poco de la capital, y con la hija del padre de la iglesia a modo de trofeo.

– Ella debe estar encerrada en la montaña, dentro, en el lugar donde se entrena, indaga, y prepara. Allí se suele estar dos años –Hizo una pausa y añadió–. Déjame ir, nosotras no tenemos la culpa de nada, diremos que nos pusimos a llorar y nos dejaste escapar.

– ¿Dónde está la entrada al lugar? Tarde o temprano igual lo encontraremos, si no somos nosotros serán las tropas del príncipe. Ellos no son *puros* como nosotros, ¿entendés? Tienen que irse. Este lugar no pueden retenerlo más. –E inmediatamente

que dijo esto, se arrepintió de hablar demasiado, pero añadió—
¿No pueden hacer que se escapen los indefensos?

— Eres bueno señor, espero tengas largos días. El pueblo al que pertenezco dice: “Todo súbdito es presa de su reino”. Hay varias entradas, sube por el río que posee una piedra al lado de un árbol agujereado. Del río trecientos metros, y a la derecha. A la entrada hay un lugar amplio, y en él arqueros y guardias, y que tu Dios te cuide, y se acuerde de nosotras.

— Que así sea — Les respondió, y les cortó las ataduras discretamente.

— Disculpame que intenté matarte —Dijo la que estaba hablando, y cuando *El Flaco* miró a la otra añadió—, si te volviera a ver intentaría ayudarte.

— Si vas por ese camino morirás estúpido —dijo la otra en voz baja cuanto se sacó la mordaza, y añadió—. Pero gracias.

...Y lo besó en la boca, mientras *El Flaco* le agarró los brazos para que no lo apuñale, en cuanto se acercó a él, y las miraba a ambas. Le llamó la atención como lo miró un segundo antes de irse, y él no aguantó disfrutar de su boca, y el sumergirse por ese instante en sus ojos de noche, sin luna ni estrellas. *El Flaco* hizo un suspiro casi imperceptible.

Le llamó la atención ruidos aunque estaba todo lleno del ruido de leve lluvia, lo que escuchó sonó distinto. El héroe se cubrió con su escudo, por delante de su caballo, encendiéndose su enojo; mientras ellas se iban perdiéndose entre el bosque, él estuvo alerta con su espada y arco pese a que quería seguir viéndolas. Al poco tiempo apareció Gawain, *El Flaco* se relajó, y le dijo Gawain al estar frente a él.

—Maté a otros dos asesinos, no pensé que esto iba a ser así. Y no es nada fácil capturarlos vivos...

—Sí que está complicado, pero las capturadas, me dijeron cómo encontrarlos, aunque obvio que tal vez sea una trampa. — Respondió *El Flaco*, y Gawain le dijo lo que ya todos estaban pensando.

– ¡Al fin! ¿Qué importa si es una trampa o no? Al menos no moriremos por el sueño, o volviéndonos locos.

Gawain, tenía una pequeña herida en el antebrazo, una punta de una espada había atravesado su armadura. *El Flaco* le dijo que mantenga posición, que iría con Tornado. Y así lo hicieron, y cuando lo encontró había peleado contra cuatro y se estaba reponiendo. Los estaban rodeando. Allard había dado muerte a dos arqueros, y se acercó a los caballos, comenzaron a volar flechas contra ellos, y ellos las responden. Cae otro caballo herido, le sacan las cosas, lo sacrifican. Tornado dio la orden.

– Movámonos.

Allard logra ver a uno mientras se retiran, le ensarta dos flechas, confirmado por el grito de dolor que escucharon.

Y se fueron abriendo paso, a espada, dardos de ballesta y flechas. No podían frenarlos, intentaban agarrarlos de sorpresa una y otra vez, pero los seis eran como un fuego que quemaba a su paso sin poderlo apagar.

El que tuviera que recuperar fuerzas, iba a cuidar al equipo, y aún a veces peleaba allí, pero inmediatamente alguien se acercaba a su ayuda. Y *los endemoniados*, avanzaban y retrocedían a cada rato, pero iban cayendo en combate. Estuvieron así hasta la noche, vieron el lugar que les contó la cautiva, pero no fueron por allí. Siguieron de largo unos cuatrocientos metros, por ser hora avanzada y necesitar descanso, y se refugiaron en una cueva. Se dijeron “Que vengan por nosotros si lo desean, aquí morirán, o si morimos, antes mataremos a muchos”.

Ni bien estuvieron dentro de la cueva, se pusieron a hacer una zanja y montículo, bien adentro para protegerse cuerpo a tierra y bajar a muchos que se atrevieran a entrar, si lo hacían, fue pequeña la zanja, había poco suelo de tierra adentro, pero lograron darle un poco de forma. Afortunadamente hasta ahora no habían visto a *endemoniados* con armaduras de placas. Hicieron la cuenta que hasta ese momento ya habían matado en total a más de veinte, y además herido mínimo a cinco más, y no se decidían

qué hacer, pero recuperaron fuerzas. Desde que penetraron profundamente en el bosque, algunas veces los atacaban los endemoniados, generalmente entre dos o cuatro de ellos, y al ver que no podían se retiraban -si no caían muertos antes-, así fue una y otro vez. Pero al llegar allí ya parecían estar rodeados. Luego, en la cueva, solo les tirarían flechas de lejos, durante todo el tiempo que estuvieron, de forma intermitente. Indudablemente ya no tenían al factor sorpresa de su lado nadie.

A las horas.

– ¿Acá no funciona eso de hacerse invisible no? – Dijo en chiste *El Flaco*, cansado con la zanja y el montículo, alcanzando piedras desde el fondo.

– ¡Je! –respondió Bennett, que estaba preparando la comida con la armadura puesta (pan con queso, carne salada, y unos suplementos)– Cómo habrás notado, entre ellos y nosotros, como que nos anulamos mutuamente. Ni ellos nos pueden afectar a nosotros, ni nosotros prácticamente a ellos. Como mucho nos sentimos incómodos mutuamente. Y tampoco es que nos dan tiempo para desendemoniarlos ¿no?

– Va a ser difícil salir de acá. –Dijo Gawain

– Así es –dijo Tornado–. Como sabemos nos lloverán flechas. Estuve meditando. *Flaco*, seremos vos y yo.

– ¿Sí?

– Vos y yo, iremos al lugar ese que indicó. Los demás nos ayudarán a romper las filas enemigas, nos abriremos el paso, y se lo cerrarán a ellos, que seguro nos rodean aquí. Mínimo estarán la mitad de los recursos que les quedan afuera, tratando de contenernos. Y nos sitiarian si se lo permitiéramos. No podemos demorarnos. Se quedarán aquí peleando y defendiendo mientras usted y yo vamos. Y Usted señor, se las arreglará para cumplir su misión, cuando estemos dentro. Tendremos la ventaja que los enemigos estarán divididos, y ya hemos matado a unos cuantos, y mataremos a otros tantos al salir. Es peligroso, obvio. Pero si no pudieron contra nosotros hasta ahora, están buscando agotar-nos, y no lo podemos permitir o moriremos. Intentaremos una

vez, y nos reuniremos aquí nuevamente. Después de todo no son un ejercito, son un grupo de bandidos, asesinos, y estudiosos raros.

– Suena lógico –añadió *El Flaco*– Y tendremos que movilizarlos de noche, apuntarán peor y estarán menos atentos que de día.

– Sí, lo pensé – Dijo Tornado.

Ambos, comenzaron a comer una barra de un alimento que les permite no dormir, y pelear con renovadas fuerzas otro día entero, aunque luego estarán ya cansados de forma extra. Los otros cuatro simplemente se tomaron una infusión, que brinda el efecto durante una hora.

Con escudos en mano, en medio de lluvia y a los gritos, salieron los seis, con sus espadas, y ballestas o arco, salieron disparando. Dos se enterraron en el bosque sintiéndoles les rebotaban las flechas, dos les cubrieron las espadas a Tornado y el *Flaco* que corrieron.

Se escucharon los sonidos de batalla y gritos de muerte. Al *Flaco* le impactaron algunas flechas, y nuevamente lo bajaron de una que sintió fuerte en su cabeza. Tornado lo cubrió, el *Flaco* se paró, y otra flecha impactó en su cuello hiriéndolo de costado, le quedó la flecha atravesada, enterrada casi hasta las plumas. Sin embargo estaban ganando los caballeros. Tornado con la habilidad de su ballesta, baja a dos de lejos que atacaban a sus compañeros y no estaban atentos a él; sus compañeros se enfrentaban a varios, y él se para en postura para pelear contra dos con su escudo y espada. Pensó “Ya que frenaron mi avance ahora que me enfrenten”.

– ¡*Flaco*! ¿Sigues en pelea?

Se le abalanzan contra Tornado, dos hábiles y fuertes guerreros. Que lo traban entre su escudo y espada evitando la espada de Tornado, y forcejean, y lo contienen. *El Flaco* mientras se sostiene la flecha en su cuello, saltando de costado contra contra uno, lo empuja, y se agacha a tierra. Tornado se libera, hace distancia entre ambos y los mata no sin que le cueste.

“Sigamos” se escuchó al *Flaco*, agachado. Y corrieron, con él sangrando. Una vez rotas las líneas enemigas, aún escuchándose recia batalla a lo lejos. Ya sin estar al alcance de su vista los otros, por el bosque y formaciones rocosas, Tornado le dice al *Flaco*.

– ¿Puedes arreglarte con unos minutos?

– Sí.

...Y se hizo de muro mientras el *Flaco* se arrancaba la flecha entre la montaña y Tornado, y se colocaba una venda con un emplasto que posee cualidades antibióticas. No los seguían, seguramente los cuatro caballeros acaparaban toda su atención a vida o muerte.

– ¡Carajo! –dice *El Flaco*–. No tengo mi armadura preparada para huir.

Tornado rió, y avanzaron a trote, subieron por el río. Se ocultaron detrás de unas rocas, le revisó el cuello, no era grave. La flecha le había atravesado entre los músculos del cuello, ya que si bien tenía metal atrás y en los costados, no totalmente, y como que apenas lo hirió a unos centímetros del borde. Siguieron avanzando a paso rápido. Vieron una caverna, y alguien que se metía adentro, se apuraron más.

Y los recibió a las puertas del *infierno de los endemoniados*, afuera, a unos cuarenta metros. Un guerrero con armadura pesada y maza, más grandote que Tornado, y se comprendió que pelearía contra él. Se posicionaron uno frente al otro, y comenzaron a medirse, calcularse, y acercarse uno a otro contrincante, hasta que, golpes mediante, se trabaron fuerza contra fuerza. Y el *Flaco* se acercó unos metros más a la entrada, y miró un poco hacia dentro; y vio entre pequeños fuegos, a arqueros y guerreros con armadura ligera, hombres y mujeres... Lo vieron a él, pero mantuvieron posición, y los que podían miraban atentamente la pelea. Los dos contrincantes se destrabaron y se tiraron golpes, y se volvieron a trabar. *El Flaco* se alejó, no sea le claven otro flechazo.

Se escuchaban estruendos de los golpes de la maza del *endemoniado* contra el escudo de Tornado, muy fuertes golpes.

Hasta que a un grito de Tornado, con técnica, logra trabarle los talones a su contrincante con su pie, y con un golpe de su espada, le da un golpe tal, que lo tira al suelo hacia atrás. Su contrincante tiró aún unos golpes con su maza, pero sin poder hacerlo con la fuerza suficiente, ni lograr levantarse aunque lo intenta. Lo traba Tornado, y lo golpea con su escudo en el cuello varias veces, él le impacta con su maza en las costillas, aunque sin gran fuerza por la posición y el peso de su arma. Tornado soltó su escudo y con su espada a dos manos puso toda su fuerza para atravesarle la armadura a su contrincante, con gritos y ayudado con el peso de su cuerpo, enterró y enterró su espada entre dos uniones de la armadura de su oponente.

Sin embargo a los héroes, no les costó gratis llegar hasta allí. Están bien cansados, golpeados, y con considerables heridas leves. Tornado mostrando cansancio, volvió a agarrar a su escudo, ya bien abollado.

– *Flaco* –le dijo –, ya estamos casi adentro. Amigo mio, recuerde lo que acordamos. La victoria está cercana, para el que la alcance, un honor pelear a su lado. Espero tenga una larga carrera como *caballero puro*, es un honor al gremio.

– El honor ha sido, y es mio señor –Y añadió–. Dentro llegué a ver a arqueros, hombres y mujeres. Y asesinos endemoniados con espadas. No vi totalmente, pero nos están esperando.

– Seguro que sí –Dijo Tornado, añadió–. Andando...

– ¿¡Amigo!?

– ¿Qué ocurre?

– Esto es una mierda –continuó *El Flaco*–. Creo que este, aquí tirado, se sacrificó para que no lleguemos a las mujeres.

– Como todo combate real, mejor es que no existieran. Y sería mejor también que no nos ataquen ellas, pero algunas pelearán... Y tendremos que matar a las que peleen. Pero malditos los que raptan hijas del reino.

– Claro que sí señor. A vencer.

– Seguro –Dijo Tornado–.

Están como a cuarenta metros de la entrada. Mirando hacia adelante, el *Flaco* sonrió, Tornado estaba con cara como de piedra. Se tomaron unos minutos, masticaron otro mordisco del estimulante mientras sentían la fría lluvia. Y se pusieron firmes con sus ropas y armas, ensangrentadas, abolladas o rasgadas, y mal lavadas por la lluvia. Volvieron a tapar sus cabezas. Miraron el lugar desde afuera como quien se detiene a mirar una escultura, y sintieron el temor de sus enemigos, y sintieron la victoria a su espalda, al escucharla de la voz de sus compañeros, que gritaban para atraer a más enemigos hacia sí. Aunque les cuesta mantenerse en pie, el plan estaba funcionando. Tornado también les responde con un grito, que retumba, como diciendo: “Sigo peleando”.

5

En el asentamiento de *los endemoniados*.

Se taparon nuevamente la cara con los metales. Dan un paso hacia adelante, y sale una anciana con un niño. Diciendo.

– Perdón, perdón, piedad... Nos vamos antes que comiencen. Gracias, gracias, piedad señores...

Y cuando vieron de adentro, que no les hacían nada a los que salieron, que no los bajaron de un flechazo. Comenzaron a salir ancianos, mujeres y niños; lentamente, apenas con algunos bultos; personas asustadas, y no tenían ni tatuajes, ni los ojos pintados. Claro, eran ciudadanos comunes, campesinos, trabajadores, y seguramente algunos forajidos del reino. *El Flaco* y Tornado se posicionaron un rato espalda contra espalda, y observaron atentamente, hasta que dejaron de salir.

Pero a los segundos, empezaron a salir algunas mujeres de *los endemoniados*; distanciadas dos metros una de otra, sin bultos, sin armadura, manos levantadas, torsos desnudos. *El Flaco* las miraba, a ver si estaban las dos jovencitas que soltó, y las vio; estaban juntas, medias desnudas, y le clavaron los ojos con una casi imperceptible sonrisa, él las miró de arriba abajo, de forma tal que ellas lo notaran. Volverlas a ver bien y así, le fue un gran disfrute, las únicas sonrisas que vio de una mujer hermosa, en semanas, y destinadas a él. *El Flaco* suspiraba por dentro. Y salieron algunas más hasta que ya no salió nadie.

– Mejor así –Dijo Tornado y añadió–. Mantén, adentro, distancia de mí. ¡Cincoo!...

El Flaco pensó en su soledad mientras Tornado seguía contando, “Qué irónico, tal vez muera, tratando de recordar a las dos señoritas de *los endemoniados*...”

– ¡Doos!... – Y con un grito de guerra toma impulso...

Tornado comenzó a levantar velocidad. *El Flaco* dando un salto en el aire con un giro de 180 grados, comenzó a correr con el arco y flechas preparadas, detrás de su compañero.

Faltando pocos metros para entrar a la caverna, flechas comenzaron a rebotar contra ellos, algunas quedando levemente clavadas, ni siquiera podían darse el gusto de proponerles que se rindan... Entró Tornado. Comenzó a cruzar su espada y escudo contra varios, con una excelente técnica y manejo de las distancias. Era total concentración. Resonaba el ruido de metales, flechas, y gritos. *El Flaco* le dio a varios en menos de cinco segundos, disparaba a veces rapidísimo, pero esperaba el momento oportuno, cubriéndose, para posicionarse bien. Mientras, rompía las líneas enemigas Tornado; *El Flaco* intentaba bajar a flechazos, cualquier enemigo que viera.

Adentro, había algunas construcciones de madera, algunas estacas clavadas al piso, y fuegos encendidos. La cueva era bastante amplia, y se notaba prolongada hacia adentro, aunque con una pared y puerta de madera cerrada. En cuanto *El Flaco* pudo esquivar a Tornado, con una velocidad tremenda no paró de tirar flechazos a los enemigos. Y se movía como una mosca frenética en una habitación queriendo salir, solo que no quería salir... Peleaban completamente concentrados y en equipo, y se ayudaban, sabiendo que para ese momento se entrenaron toda la vida.

¡Qué decir! ¡La pelea fue tremenda! *El Flaco* se gastó todas las flechas, dando muerte como a veinte, incluso a algunos que se venían contra ellos con espada. Sin embargo se notaban que los enemigos eran soldados comunes, entrenados pero no expertos. Las mujeres le resultaban más difíciles de matar al *Flaco* que los varones. Saltaban, se tiraban al suelo, le revoleaban dagas...

Los empujones se daban comúnmente, contra ellos, o ellos contra alguno, especialmente cuando quedaban como trabados. Tornado era como un pequeño tornado, en medio, inamovible que destrozaba, hasta en un momento se le tiraron cinco enci-

ma, y no pudieron contra él. Gritos, y golpes, hasta que no quedó un solo enemigo en pie, solo algunos agonizantes.

Pero los dos quedaron exhaustos, sin aire, heridos se sentaron en la tierra, casi cayéndose en el mismo. *El Flaco* tenía un par de flechas y dos dagas clavadas. Ya no se soportaba. Tornado le dijo.

– Compañero bebe del frasco rojo.

Y al ver que no reaccionaba...

– ¡Compañero! El frasco rojo...

El Flaco hizo una afirmación, y comenzó a intentarlo.

El portón de madera se abrió, y salieron cuatro asesinos y su jefe. El jefe tenía armadura pesada, los asesinos liviana, uno era una mujer. *El Jefe* habló, mientras *El Flaco* tomó del frasquito, como si eso le fuera un esfuerzo muy grande. Ni se molestaron en cerrar la puerta.

– Será una pena y un placer matarlos. Destruyeron mi hogar, pero se arrepentirán. Miren a él, se llama *Cobra*, se irá, y nadie lo podrá detener. E informará a *los endemoniados*, de lo que han hecho.

Se acercaron los cinco hacia ellos, aunque *Cobra* claramente cubriéndose, no para pelear, sino para irse, hasta tenía un bolso con cosas. Se rió burlonamente.

El Flaco le revoleó una daga, y otra, pero *Cobra* las frenó con su espada, y no se detuvo, subió la velocidad, como si fuera el viento que se levanta y se fue.

– ¡*Flaco!* –dijo Tornado gritando–. En cuanto puedas cumple la misión, yo los retendré y mataré a estos.

Uno miró *al Flaco* y se le rió.

Los tres asesinos y el jefe de *los endemoniados* de allí, se fueron contra Tornado. *El Flaco* aún ni se podía levantar del suelo. Corriendo para impactar contra Tornado, este hizo gala de su nombre una vez más. Comenzó a girar, y a mover su espada y escudo, y con una fuerza terrible se chocó contra el jefe. Le llo-

vieron golpes de todos lados y él los llovió contra ellos. A un asesino le pegó tan fuerte con su escudo que le rompió la cabeza. El Jefe le bloqueó su escudo con un brazo, y con su espada le comenzó a lanzar estocadas, pero Tornado las interceptaba. Con esfuerzo y habilidad, la asesina se posicionó detrás. Cuando se sintió segura le enterró una espada entre las uniones de su armadura, y se fue contra *El Flaco*. Entre dos traban a Tornado, él tiene mucha fuerza, pero los endemoniados también...

El Flaco se puso en pie con su espada y escudo como pudo. Ya no tenía la agilidad de su lado, la asesina sí, ella con dos espadas. *El Flaco* recibió más golpes que los que interceptó y dio, ella se movía mucho, incluso hacía piruetas alrededor del *Flaco*, y cuando vio que su enemigo ya no tenía fuerzas ni para levantar la espada, dejó una, y comenzó a golpearlo con furia. *El Flaco* se llenó de odio, mientras interceptaba golpes como podía y se le agotaban las fuerzas. Mientras Tornado y *el jefe* y otro asesino se molían a golpes, y también agotaban a Tornado. *El Flaco* de repente sintió paz, y algo de fuerzas recorrió todo su cuerpo estremeciéndolo; se sintió muy concentrado, sintió su respiración calmada. Pero la asesina le clavó la espada, *El Flaco* se la trabó con su escudo. Ella como una endemoniada, teniéndola con una mano, con el antebrazo de la otra, golpea el mango de la espada para tratar de terminar de perforar la pobre armadura de su contrincante; quien con su escudo le estaba ofreciendo algo de resistencia contra su mano y empuñadura. Tornado, logra dar muerte a un asesino mediante una estocada, luego de empujarlo, a gran distancia, mientras esquivaba un arrebato del jefe. *El Flaco* con la mano libre sacó una daga y se la ensartó desde la mandíbula a la cabeza a la asesina. Y se cayó él, y se cayó ella sobre él, llenándolo de su sangre. Tornado y el Jefe, se traban, están peleando como si pelearan dos montañas, una contra otra, y ambos carentes de fuerza. Agotadísimos. Sin embargo, *el jefe* está comenzando a imponerse.

El Flaco agotado, aunque con paz, pero sin saber si no era porque se estaba muriendo; pensó “Mejor me recupero algo”, cerró los ojos, escuchó el grito de Tornado pronunciando “¡Fla-

co! ¡Flaco! ¡Arriba!” Y a los segundos él se dijo “No me puedo dar el gusto de morirme ahora”. Y comenzó a decir, cada vez gritándolo más fuerte, unos de sus versos:

“¡Desafiante vuélvete!
Siente que se estremece.
Tu ser rebelde a aceptarte vencido.”

(Grita, se para, agarra su espada.)

“Respira varias veces hondo.
Siente la fuerza recorrer tu mente,
Siente la fuerza recorrer tu cuerpo,
Siéntete despierto, bien vivo.”

Comienza a avanzar lentamente hasta donde estaban *El jefe* y *Tornado* tirados en el piso, golpeándose ambos ya sin armas, trabados. *El Jefe* lo ve, intenta zafarse desesperado, *Tornado* se llena de esperanza, y no lo suelta aunque este lo golpea en la cara.

“¡Yo soy *El Flaco*,
sigo vivo y doy pelea,
bien bravo y valiente!”

Y le entierra la espada a *El Jefe*, ayudado con su propio peso. Apenas con voz audible *El Flaco* dice.

“Bien bravo y valiente...
Pues... No me queda otra.”

Tornado le dijo:
– Arrancame del cuello el frasco rojo, y dámelo.

El flaco se esforzó, le encontró la cadenita, la botellita. Le dio un trago de beber. Tornado murmuró.

– Gracias poeta, hoy he escuchado los mejores versos de mi vida –Casi desmayándose bebió todo el preparado ...

El Flaco le pegó algunos codazos para que no se desmaye. A él ya había hecho efecto la poción roja. Le dijo

– Mantén posición. Voy a buscarla. Luego de hacerme de flechas.

Agarra una flecha tirada en el piso, la mayoría estaban rotas ahí. Le responde Tornado como al minuto:

– Sí, sí...

El Flaco se asfixiaba. Luego de despegarse flechas y dagas, se sacó con mucho trabajo, y quejándose de dolor la parte de arriba de la armadura, al tiempo que miraba para todos lados. Llegó a ver como algunos campesinos, trabajadores, gente común, algunos tal vez estudiosos, niños... Se escabullían y seguían marchándose temerosos. Como si ellos dos fueran dos leones tendidos en el suelo descansando. *El Flaco* le pegó una patada a Tornado, este dijo “Sí, sí...”. Se vendó algunas heridas con vendas y empasto. Un par, se lo veía hecho mierda y bien manchado de sangre, de la asesina y de él. Se paró, y se puso alerta buscando más flechas, con su arco en mano más una flecha cargada, aunque sin tensar el arco, sujetados con una sola mano; y la espada enfundada.

De lejos en un momento miró a Tornado. Le gritó

– ¡Compañero!

– Sí, sí, ve tú – Le respondió Tornado con voz apagada.

Lo vio como comenzó a ponerse de pie, y tomaba su espada, recargó su ballesta que se le caía... Todo muy lentamente, al rato dijo.

– Acá los espero.

El Flaco lo miró, y cuando ya tuvo su carcaj lleno de flechas, se comienza a acercar al portón de madera abierto. Se esta-

ba por acercarse, apuntando con su arco, a mirar adentro, y escuchó a Tornado decir

– Sí, sí ¡Bien caballero! Bien...

Y el héroe continuó lentamente, se hizo toda concentración, se sintió estremecer, rogó “Creador ayúdanos”. Y con su arco y flecha tensado, se asomó por el portón. Solo vio a una señora temerosa con dos niños, cubriéndose con los brazos, y decían, “por favor, por favor”. Los miró bien.

Siguió avanzando, y así comenzó a recorrer el lugar. Todo estaba algo iluminado, donde no había antorchas, era porque entraba luz de arriba. Aunque todo, con muchas penumbras. Solían haber unas vasijas de cobre, con fuego debajo y emanaban vapores de ellas. Parecía desierto de soldados, algunos civiles le dio la impresión de que comenzaban a saquear, nadie mostró ganas de querer enfrentarlo, a uno le quitó agua. Vio que había una biblioteca, avanzó, vio un laboratorio, a veces se perdía un poco, habitaciones con camas, algunos lugares espaciosos, otros no.

A la gente que lo miraba, bastaba que él los mirara para que dijeran “perdón”, o de alguna forma le demostraban que no querían pelear.

Recorriendo túneles, terminó en una amplia caverna con otra entrada, o salida al exterior. Allí llegó a ver a dos arqueros haciendo guardia, y en el medio había un altar, símbolos, unas estatuas raras, faroles con forma de serpientes, y un fuego que se elevaba del suelo, de un signo grabado profundamente en la piedra. Y por sobre éste, había colgada una jaula de tortura vacía. *El Flaco* sintió una puntada en el estómago, y gran inquietud. Entre la oscuridad apuntó sigilosamente a un arquero, se tomó su tiempo para estar seguro, y disparó, y dio en el blanco. El otro se refugió al ver caer a su compañero, y comenzaron a lanzarse flechas sin poderse dar ninguno de los dos.

El Flaco, fastidiado le tiró unos flechazos a las estatuas, lleno de enojo; y las dañó considerablemente. El otro gritó, desfundó su espada, y comenzó a acercarse hacia él, no sin cu-

brirse. *El Flaco* hizo como que se retiraba. Aguardó unos minutos fuera del alcance visual de su contrincante, tomó su espada, respiró hondo, se concentró, sacó pecho. Le pareció como si las piedras del lugar se conmovieran e hicieran algunos crujidos por causa de él. Y se abalanzó en dirección a donde creía que estaría su enemigo, y así fue.

Y cruzaron sus espadas, pelearon ágilmente los dos, hasta que *El Flaco* le pegó una fuerte patada en la rodilla, y le clavó su espada en la cara. Tomó la espada de su enemigo, y con ella le pegó unos buenos golpes extras a las estatuas, haciendo caer una, pateó, tiró rompiendo faroles, y tiró la espada, pues tiene la suya que no quiso dañar. Se dijo a sí mismo “¿Qué estoy haciendo? ¿Porqué pierdo el tiempo así?”

Se volvió a meter entre los túneles y construcciones, y avanzó, y avanzó; perdiéndose entre pasillos y habitaciones que aveces parecían un laberinto. Y dio varias veces vueltas en círculo. Ya se había bajado toda su barra de alimento; bebió la poca agua tonificada que le quedaba, y buscaba al objetivo del porqué él estaba allí agotado física y mentalmente.

Estando recorriendo túneles, construcciones y habitaciones. Al asomarse a una abertura con mucha luz del exterior, escucha el sonido de un arco, lanzando una flecha que impacta en la roca cerca de él. Fue lanzada desde abajo. Observa, hay un camino. Se hace cuerpo a tierra, mira mejor; hay toda una instalación de entrenamiento debajo. Y hay como seis o siete en pie, cuatro mujeres, y les tiran algunas flechazos. Hay algunos aparentemente civiles...

– ¡Carajo! ¿cómo sé si alguna no es ella? –Murmuró *El Flaco*.

Si se quedaba allí esperando, se le iban a acabar las pocas fuerzas que tenía; por consumir prácticamente todo lo que le quedaba, que le brindara un poco de fuerza extra. Aunque, le quedaba un frasquito rojo sin usar. Se le ocurrió exigir con un grito, la razón de ser de su misión.

– ¡Atención ahí! Soy un *caballero puro*, entrégueseme a la *hija del padre principal* sana, o morirán todos.

– ¡De acuerdo! –Escuchó inmediatamente.

– ¡No! ¡Un momento! –También se escuchó en voz de una mujer.

– Al que se acerque lo mato – gruñó *el Flaco*.

Y vigilando, vio que discutían entre ellos, y que le pegan un golpe a una. Un buen golpe, dado por sorpresa mientras discutía, y se ponen a atarla entre varios. Patalea, grita, pero se la cargan entre dos, y comienzan a subir a donde se encontraba *El Flaco*. Con ella atada, y gritando a lo loca, entre otras cosas, que había que pelear. Al acercarse al *Flaco* que los apunta, muestran que no tienen armas los dos que suben. Uno de ellos dice.

– Acá se la traemos, se retirará sin dañarnos.

– Ustedes también se retirarán –Le responde *El Flaco*–. No quedará nadie aquí.

– De acuerdo. Cuando usted se aleje señor.

Y se la pusieron al lado, como si fuera un paquete; que se movía, forcejeaba, y los insultaba, y les decía traidores.

El Flaco ni aunque quisiera, hubiera podido contra ellos, en las condiciones en que se encuentra... Eran como siente *guerreros endemoniados*, seguramente aprendices, varones y mujeres; y había una construcción, que tranquilamente podían ser dormitorios y ¿cuántos habían allí adentro? También había algunos civiles que solo se cubrían como podían, y se limitaron a mirar.

Cuando se sintió seguro fue a la que le dejaron. La agarró del cuello contra la pared, y le miró bien la cara llena de tierra, y con sangre que le salía de la nariz. ¡Era ella! Estaba furiosa, y con un golpe en la cara, tenía los ojos totalmente negros, estaba tatuada. Le susurra.

– ¡Hey! Vine a rescatarte, soy enviado del templo.

Ella hizo una pausa como si pensara en algo, e intentó patearlo con fuerza gruñendo. Apenas si pudo contenerla, al tiempo que estaba alerta que no lo atacaran. Le hizo tragar a la fuerza el liquido del frasquito que le dieron para ella. Se aseguró que lo tragara, casi asfixiandola. Le pone una mordaza. Comenzó a alejarse de allí, arrastrándola. Comenzó a ocultarse también, lejos de querer pelear, temía ya no poder ganarle a nadie. Incluso sentía que se caía de sueño, y le dolía la cabeza, y todo. Sentía como si estaba en una pesadilla de la cual no puede salir, y se sentía oprimido, como por el peso de yunques en todo el cuerpo, y pero aún, en su alma.

Recorrió como ciento cincuenta metros, y viendo unas construcciones de viviendas de madera, y que nadie lo seguía, la dejó atada. Como quien deja un bulto de carga al lado de un árbol, o peor aún, al lado de un camino, y corrió sigiloso a investigar. Agarró su espada, abrió la puerta de la primer vivienda, vio a un hombre y una mujer que se lo quedaron mirando.

– ¿Quieren vivir? – Les preguntó *El Flaco* con ira. Hicieron una afirmación los dos, y le dijo mirando al hombre –¡Ella quieta aquí! ¡Usted venga conmigo!

Y juntos trajeron a la que está rescatando. Y se encerraron allí. Cuando volvieron, la señora estaba con tres niños pequeños abrazándolos.

–¿Nos va a matar? –Preguntaría uno de ellos llorando una y otra vez. Hasta que la madre lo tranquilizó a la fuerza...

Colocaron a la cautiva en un montículo de paja que tenía una tela encima. El varón se quedó mirando al héroe, como quien mira a alguien, que en cualquier momento podría caerse muerto; pero sin embargo, también matarlo con sus últimas fuerzas.

6

La hija del Padre principal

En cuanto comprobó que estaban bien encerrados, y vio a los habitantes de la casa, indefensos, y sin ganas de atacarlo a él. Miró que su ahora cautiva había dejado de forcejear. La sentó contra la pared, la miró, ella lo miraba, y le pareció a él la mujer más hermosa del mundo. Se le escapó una leve sonrisa. Y como le pareció que no gritaría, le sacó la mordaza.

– ¿Disculpe porqué me tiene atada? –Dijo ella confusa.

– Soy un *caballero puro* –Dijo él, sintiendo fuego en su pecho. Y dándose un cargo que oficialmente aún no tenía. Ella le miró el brazo; él añadió.

– No soy un caído, es que peleamos duro y me quedé sin vendas.

Ella comenzó a retorcerse incómoda. Él sintió paz, y que algún tipo de virtud estaba saliendo de él, e influenciándola a ella.

– Comprendo, pero estoy mal –dijo, y añadió–. ¿Me diste de beber infusión de libertad no? ¿La azul, o la de *Lubia*?

El Flaco, que apenas sabía que existía un solo tipo de ese remedio; o lo que sea, se limitó a decir.

– ¿Estás conmigo? ¿Me seguirás al menos?

– ¿Eres nuevo verdad? –Le respondió ella, y continuó diciendo:– No importa, pero recuerda; que en mi estado, puedo volver a la oscuridad de repente, o perder la consciencia, o cualquier cosa.

– ¿Puedes ahora ponerte en pie y seguirme?

– Sí, señor –añadió con una sonrisa que duró lo que dura un relámpago–. Y gracias. No dije nada de nuestros secretos, sépalo.

El flaco miró al hombre de la casa, y le dijo.

– Dame vino, y abre la puerta.

La hija del *padre principal*, líder religioso zonal de Ciudad de Tinkentou, se llama Soltrina; y con el poco razonamiento que tenía, estaba luchando en su interior. Mientras veía a su teórico libertador destrozado, y al pobre padre de familia proceder con sus instrucciones de buscar vino...

–“Sí –piensa en voz alta Soltrina–. Recuerdo que soy cautiva, pero ¿es un *caballero puro*? Un aprendiz nunca llegaría hasta aquí vivo o libre... No tiene la armadura reglamentaria... Aunque sí el símbolo en el bolcito –*El Flaco* la escucha y la mira–... ¿Y pide vino, y no agua después de todas las sustancias que quizás ingirió, o ingerirá?”

Siguen en movimiento, ocultándose lo que pueden; sin desatarle a ella las manos, atadas a su vez a la cintura. Él le ofreció vino, ella le dijo “¿Estás loco?”. A los trecientos metros. Dice Soltrina.

– Quiero orinar, es por lo que me distes.

El Flaco miró hacia arriba, como diciendo “¿Dios, qué hice para merecerme esto?” En todo momento la tenía a ella, de las sogas, de su manos. Le Respondió.

– ¡Estamos escapando aguanta!

– Yo creo que ya no hay soldados o asesinos. ¿Y mataron a los brujos? O nos dañarán la cordura. Ya para – Y añadió, mirándolo–. Desátame las manos.

El Flaco, estando lo suficientemente cuerdo, le tapó la boca nuevamente, no sea que de repente, alertara a guardias si es que quedan. Ella hizo gestos como que sí quería orinar, y en su interior dudaba de las capacidades de su libertador. Él le preguntó.

– ¿Te bajo los pantalones?

Ella lo pensó un instante: “¿Qué otra me queda?” Y afirmó que sí con un movimiento de la cabeza, y él mirándola a los ojos comenzó a desabrocharle, y bajarle el pantalón. Ella se agachó, e hizo su necesidad, sonriéndose levemente, mientras se escuchaba un sonido de un chorro de líquido, golpear contra la pie-

dra y tierra de la cueva, un tiempo considerable se escuchó tal ruidito. Pareció que intentó suspirar debajo de la mordaza que tenía puesta. *El Flaco*, cuando dejó de escuchar, dirigió una mirada hacia abajo, y disfrutó de unos segundos mientras le subía la ropa, y se la acomodaba con una sonrisa. Ella se quejó.

– ¡Humm!

– Bueno si quieres de nuevo, yo encantado.

Siguieron. Él se dio cuenta que estaba perdido, y demasiado estúpido. Ella de vez en cuando hacía gestos como si recibiera pinchazos en el cuerpo. Se la veía tensa. Y él... Él, apenas podía seguir en pie, pese a todo lo que había consumido. Comenzaba a sentir dolores por todos lados, e incluso a costarle mover las piernas, que las sentía duras; y se le cerraban los ojos de cansancio, y le ardían. Se comenzó a sentir realmente mal. Ya los efectos de todo lo que se había tomado se estaban agotando. En cuanto se dio cuenta, se había bajado toda la botella de vino, sentía dolor de cabeza, estómago; y como si estuviera en una pesadilla.

Estuvieron dando vueltas y escondiéndose, con *El flaco* como paranoico y transpirando. Soltrina, lo frena, hace señas que quiere hablar. No le presta atención: “Vamos, sigamos”, ella insiste. No se mueve. *El flaco*, se da cuenta que ya no tiene fuerzas ni para obligarla a caminar. Le baja la mordaza, resignado a escucharla.

– Quiero orinar. Y ahora que lo pienso ¿Porqué estás solo?

– No me importa, hacete encima. Afuera nos esperan, suponíamos eran muchos menos.

– ¿Mataron al brujo? Sino hace horas nos debe estar agobiando, y creo que está haciendo bien su trabajo contigo.

Le pone la mordaza de nuevo de mala gana, se nota por primera vez que está fastidiado, enojado, y la trata, aunque de forma poco perceptible por él, mal. Ella porque es mujer, se da cuenta. Hace una negación con la cabeza, forcejea, se resigna, y hace señas como que quiere orinar. Ya no confía en él... a ver si

los terminan matando por su culpa. A él solo le importa salir del infierno en que se encuentran, porque se siente fatal, peor aún, oprimido en el cuerpo y alma, y está perdiendo la fe en todo lo bueno ¿Por causa de un brujo? Para él por causa de la situación. No soporta más estar allí. Ella le pega un cabezazo que lo tira al suelo. Se comienza a refregar la cuerda que la ata a una piedra. Ve que se acerca alguien.

El Flaco está tirado en el piso, como muy afectado de enfermedad. Está consciente, aunque con más ganas de quedarse ahí tirado que de pelear, y ya casi la siente inalcanzable, como atrapar a una paloma con las manos a dos metros de distancia. Soltrina va al encuentro del extraño, quien le saca la mordaza, y la ayuda a desatarse, y lo despide dándole las gracias.

Mira al *Flaco*, que se le cierran los ojos, y los abre lentamente, y se le vuelven a cerrar. Está bien flaco y sucio, sin un gramo de grasa, aunque con todos los músculos bien marcados, y predominantes, ella piensa: “Es lindo e interesante, y le doy unos 29 años. Y sí, no sé cómo lo logró, pero debe ser un *puro*, un *extraño caballero puro*”. Se baja los pantalones y orina de nuevo al lado de él, y lo salpica, apropósito, con orina y barro, con una leve sonrisita de maldad. Y él... la llega a ver, y no piensa nada, o mejor dicho, su pensamiento es “a ver que hace”.

Le saca las armas, él apenas intenta retenerlas, y se las pone ella. Cuando en ese momento lo toca, es como si les diera electricidad mutuamente. Lo vuelve a mirar... Lo toca varias veces como quien toca una olla, sacada del fuego, a ver si está caliente o no. Intenta agarrarlo para llevarlo, apoyado en su hombro. Siente incomodidad. Y *El Flaco*, apenas puede estar en pie, y si va a pelear es porque sea de vida o muerte, y si le da su instinto de supervivencia, más fuerzas que su impuesto cansancio.

Ella mira en su bolcito a ver qué tiene, le revuelve, mientras lo ayuda a moverse. Mira qué es el otro frasquito rojo que tiene en el cuello aunque suponía lo que era, ve que es uno de los rojos, y le da un trago.

– ¡Vamos! Conozco bien las salidas. Me toca ayudarte a ti estimado. A ver si encuentro por donde entraron.

El Flaco la mira a los ojos cuando ella le habla, y él ya no quiere ni decir algo. Y apenas precavida lo lleva trabajosamente a la salida. Le pregunta a un campesino, que estaba robando suministros, como si nada:

– ¿Sabes por qué puerta entraron? ¿Y si hay enemigos allí?

– Se sabe que atacaron por la del río, y algunos se fueron por allí sin que nadie se lo impida, incluso antes de que entren.

– Gracias...

Prosiguió el camino. De vez en cuando se cruzó con campesinos y trabajadores, algún estudioso, y un aprendiz de guerrero con las armas listas. Este le da voz de alto:

– ¡Hey tú! ¡Qué haces!

– ¡Me escapo estúpido!

– ¿De dónde salió ese llevas?

Soltrina, realmente no estaba escapando como quien se escapa. Estaba prácticamente moviéndose como quien sale de su casa... Recién ahí pensó: “Si agarro ahora mis armas, este que ya las tiene en la mano, tal vez sea más rápido”.

– ¡Quieta! –Le dice, y la apunta con el arco.

– ¿Enserio quieres pelear contra mi estúpido? No vez que estoy marcada, y este es mi novio...

Ella nota que no le cree. El joven aprendiz de *los endemoniados*, los mira e iba a decir algo:

– Tiene...

Soltrina se tira al piso, y como que lo empuja a *El Flaco*, para que caiga sentado, este apenas si reacciona, y las armas las tenía ella. Le repercute en todo el cuerpo el golpe que se da en el trasero. Igual, llega a acariciar una daga con su mano, listo por si acaso. Pero Soltrina, mientras el otro trataba de apuntarle, va moviéndose de aquí para allá, con su espada ya desenfundada, y su vista clavada en el enemigo, avanzó a su encuentro. El enemigo tira su flechazo, que no da en el blanco, saca su espada, e intercepta el golpe de Soltrina; pero Soltrina pega otro, y otro, y otro golpe, hasta que sí, da en el blanco.

El Flaco, aunque todo doblado, se había puesto de pie, y tenía la daga en la mano. Ella lo mira, se le acerca con desconfianza.

– Sigamos. Y baja esa daga antes que te la quite.

Lo hizo. Le dio el arco con las flechas a él, y se quedó con la espada. Él comienza a ver nublado, y calcula mal hasta a las piedras que esquivo, no porque esté viendo medio mal, sino porque el cuerpo no le responde bien.

Y llegaron cansados, ella por prácticamente estar cargando a su héroe hasta la salida. Donde antes, habían estado montadas las últimas defensas del lugar, porque las que los *puros* atraparon, les habían tendido una trampa donde se suponía que los iban a acorralar, ya que entre ellos habían hecho correr la voz de tal plan, entre todos los vigías que los rodeaban. Soltrina es una guerrera, con buena musculatura, aunque bien femenina, de unos veinte y tres años. Tiene su resistencia, pero no la tenían bien ahí donde estaba. Hasta último momento la hicieron entrenar, como si nada estuviera pasando, a ella y a cuatro más, como suelen decir: “Los trabajadores trabajan, los sabios estudian, y los guerreros pelean o entrenan”. Su entrenador, sí se había unido a la pelea; y había dejado al alumno más avanzado a cargo para que no estén ociosos. Así son *los endemoniados*, así se entrenan. Y si no lo hubieran hecho, y el entrenador llegaba... Los iba a hacer entrenar hasta desfallecer.

Están por salir al sector de la última defensa, donde había peleado Tornado y *El Flaco*. Lentamente llegan al portón, miran, hay muertos y agonizantes, pero no se ve a nadie con actitud de querer frenarlos. Soltrina mira al *Flaco*, ve que está más muerto que vivo, le saca el arco y las flechas, para usarlo ella; enfunda la espada. Le da otro pequeño traguito del remedio rojo y le dice.

– Que el Creador te ayude, aguanta.

Al *Flaco* bastó que escuchara a alguien deseándole “que El Creador lo ayude”, para que un poco vida le recorriera con algo de fuerza el interior. Ella lo continuó ayudando a que avance, entre los restos de la batalla, aunque notó que algo se endere-

zó. No había ningún *caballero puro*, salvo al teórico que ayudaba, a que esté en pie. Afuera es de día. Avanzaron unos cincuenta metros fuera del lugar, ella decidió subir la montaña, porque no lograba entender aún la situación actual, y su instinto le decía que se escondieran, y que arriba estaría mas oculta que en el bosque.

Pero *El Flaco* reaccionó. Aunque le estallaba la cabeza, y le dolía todo; se paró en medio del camino mirando todo a su alrededor, y sabiendo que había que ir hacia abajo, pero desorientado en su cabeza, y de la claridad del sol viendo mal, vio a Soltrina; a sus ojos, tatuajes, ropa, y pensó que era un enemigo, buscó sus armas, no las tenía, solo una daga. Como si estuviera viviendo en medio de una pesadilla, gritó y avanzó sobre ella, lanzando en semi círculo horizontal un golpe con la daga, bien fuerte como para cortarla a ella en dos. Ella lo esquiva.

–¡Hey espera! Soy tu amiga. ¿Te volviste loco? ¡Soy yo la que debería estar confundida!

Y *El Flaco* intentó darle pelea, más ágil de lo que se esperaba, encontró el equilibrio en sus dos piernas, y viendo todo nublado en su mente; pese, calculó todo el combate, y comenzó a lanzarle golpes con la daga, que Soltrina interceptaba con la espada. Y *El flaco*, mediante un movimiento rápido logró trabarle la espada, y recorriéndola con su daga buscó cortarle la mano. Ella reconoció la maniobra, dio un salto atrás, y se paró firme sin soltar la espada. Miró al *Flaco* y estaba medio arqueado, confundido, como una estatua, tratando de mantenerse en pie. Y ella también estaba mal, confundida, al mismo tiempo sintió odio y amor por él. Pero su instrucción de *caballero puro*, aún algo la acompañaba.

Escuchó sonidos, y vio acercarse a un *caballero puro*, más aún, le resultó conocido, era Gawain. Sin embargo ella se sintió tremendamente amenazada, con ganas de tirarle algo, y alejarse. Al verla él tiro su espada, le dijo.

– Tranquila, sé que eres Soltrina, hija de Usher, del monasterio de Tinkentou –levantó los brazos hacia el cielo, y añadió gritando– ¡Paz y luz a ti hija del Creador!

Soltrina, cayó a tierra como convulsionada. Miró a su compañero de guerra, que seguía haciendo fuerza para no caerse, todo ensangrentado y sucio, como si quisiera por instinto seguir peleando, aunque sea contra el aire que lo rodea. Gawain tomó su espada, y de un golpe le quitó con esta la daga *al Flaco*, y lo abrazó.

– Tranquilo amigo mio ¿Cuántas cosas te tomaste, o cuántos maleficios te hicieron en la penumbra?

Y vio que no reaccionó. Y miraba asustado, con mirada perdida, de nuevo levantó sus brazos y dijo fuerte.

– ¡Paz y luz a ti hijo del Creador!

El Flaco hizo como si le diera un gran escalofrío, y algo lo empujara hacia atrás.

– ¡Mierda que estoy mal! ¡Qué carajos! –Miró a Soltrina tirada, agarrándose el pecho, y el corazón le latió muy fuerte de pánico– ¿Qué hice?

– Descuida –le dice Gawain tocándole suavemente un hombro–, se cayó por el poder. Está bien.

– Tornado ¿Vive?

– Sí amigo, estamos todos agotados y heridos; pero vivimos.

Y los agarró como pudo, a uno y otra; uno debajo de cada brazo, y fueron rumbo al refugio que habían improvisado. Donde estaban aún los caballos, gritó.

– ¡El que pueda venga a ayudar a heridos!

Albano tomando fuerzas de donde ya no las tenía, y como estaba de vigilante fue a ayudarlos. *El Flaco* se deshacía, y ella sentía como un peso en todo su cuerpo, y tremenda incomodidad, como si se quemara sin fuego, por causa de estar ante dos *caballeros puros*. No lo estaba pasando bien, por causa de la oscuridad que la perseguía.

Ya en el refugio, a ella por precaución, tuvieron que atarle las manos, y al *Flaco* atarle las manos y los pies. Pues estaba como delirando y quería a cada rato ponerse en pie, y seguir pe-

leando. Todos estaban hechos mierda. Tornado habla lo que ya sabían sus cuatro compañeros:

– Amigos míos. Debemos movilizarnos. No podremos resistir aquí otro combate. Si *los endemoniados* se organizan y nos atacan, estaremos muertos. ¡Pero Gracias Creador! ¡Cómo me alegro de que seamos siete! Y así sigamos...

Les revisaron las heridas al compañero. A ella le obligaron a tomar una infusión para tranquilizarla, y a él le dieron una con analgésico, antibiótico, y desintoxicante... Tornado solo tenía heridas menores, pero como síntoma de la batalla, y haber bebido la poción roja, apenas tenía fuerzas para cargar con su armadura. *El Flaco* se había tomado una y media... Bennett tenía una herida grave en la pierna, junto a otras menores que por ahora no le permitían pelear más. En resumen solo quedan tres caballeros en pie con la facultad de poder combatir algo: Albano, Gawain, y Allard, que tenía una herida en el hombro izquierdo, pero podría decirse que aún podía combatir algo de ser necesario. *El Flaco* estaba insoportable, como si no pudiera salir de una pesadilla tremenda, lo tenían que atar, porque era capaz de atacarlos a ellos. Después los reconocía, y parecía que se dormía de angustia, o desmayo. De vez en cuando él y Soltrina se miraban largamente, como si encontraran algo de paz en esa conexión.

7

La huida de fantasmas.

A Tornado, le había caído en su alma, el miedo y deshonor de que *Cobra* los atacara ¡y los venciera! No es que le tema, sino, que en realidad temía cualquier cosa en el estado que se encontraban, y tenía pesadillas con él a toda hora. Llamó a Albano y le dijo:

–Amigo mio, hasta que me recupere, estás al mando. Tenemos que salir de acá. Ya la mitad de nosotros estamos viviendo un infierno.

– Sí, señor. No se preocupe. ¡Gawain!

Entra Gawain de afuera, pues estaba haciendo guardia.

– Sí señor.

– Nos vamos.

Estuvieron cuatro horas, para lograr que *El Flaco* se quedara junto a Tornado y su caballo. En parte lo ataron sentado al caballo, y no lograron acomodar a Soltrina, en otro lado que abrazando al *Flaco*. Así que Tornado que bebió una infusión para estar despierto, y le dieron su ballesta cargada, quedó como el respaldo de Soltrina, que se movía a cada rato como si la picaran hormigas o avispas, y sabían que era espiritual. Ella, abrazando *Al Flaco*, como si fuera un muñeco de trapo, porque así se tranquilizaba un poco. No supieron si era porque sentía la oscuridad de él, porque le gustaba, por que él la liberó, o porqué, ya que *El Flaco* para nada estaba lleno de luz en ese momento. Su caballo cargadísimo. Bennett en otro, con las riendas de otro. Albano y Gawain salieron y exploraron los alrededores, Allard se quedó de guardia.

A Gawain, le salió al encuentro un asesino, mientras exploraba. De atrás, y una vez más peleó. Logró a tiempo darse

vuelta para que la espada de este en vez de penetrar la armadura la raspara. El asesino comenzó a golpear al caballero con una espada en cada mano, y este interceptaba la mayoría de los golpes con su escudo y espada. Las estocadas del asesino no lograban penetrar la armadura de Gawain, pero eso tal vez porque no podía dar limpio el golpe. Sin embargo, esos golpes dados por el asesino, solo eran para distraer el verdadero golpe que quería dar: a los ojos del caballero. Esperó el momento oportuno, y lo intentó, pero Gawain con un reflejo casi inconsciente, logró a tiempo mover lo suficiente la cabeza, al ver que se le acercaba la espada a los ojos, y la espada no penetró en la rendija de la armadura para sus ojos, sino que fue interceptada por esta y solo la raspó. Le dio una patada, se le abalanzó con su espada, pero el asesino, más rápido que él se levantó y se fue, tirándole tierra en la cara. Que tampoco penetró en los ojos de Gawain, pero le brindó al *endemoniado* unos segundos extra.

Albano no corrió a su ayuda, porque estaba viendo la parte alta de un árbol, dónde le pareció ver un vigilante. Se dijo así mismo.

– ¿Cómo hago para que una flecha no impacte contra los heridos? ¿Cómo salimos ahora del bosque vivos?

Se agachó, y se tomó todo el tiempo necesario hasta comprobar, de que en el árbol no había nadie.

Ya los dos juntos, en el punto donde se habían separado un poco. Luego de contarse de que algunos enemigos indudablemente siguen vivos. Le dice Albano.

– ¿Sabes qué?

– Cuénteme señor.

– Sé que a Tornado y al *Flaco* no les dieron las fuerzas para buscar y matar al brujo. Bueno a Tornado, que venció al jefe. Y el *Flaco*... ni sabía.

– Efectivamente ¿Y crees que debo ir a matarlo?

– No, no. Solo comparto mi decisión contigo. De que si vas, corres peligro tú, fíjate como salió *El Flaco* de ahí adentro... Y si nos quedamos estaremos peor todos. Y tal vez se rea-

grupan en torno al brujo y nos atacan. O nos termine afectando tanto que no podamos pelear.

– Comprendo señor. Sí debe ser fuerte, hasta se ve que afectó a Tornado.

– Sí, no nos queda otra que huir.

– Esos brujos son peores que los *jefes* –comenta Gawain–. Se esconden y te afectan a la distancia. Te envenenan el alma, yo también me siento mal.

– Sí, todos. Tenemos que salir de esta zona, antes que ni nos diferenciamos entre nosotros. ¿Tú oraste?

– No pude señor, me desconcentraba a las dos palabras.

Comenzaron a moverse lentísimos. Tardaron como media hora para hacer cien metros, mientras Albano y Gaiwan giraban en la zona viendo que no haya enemigos.

Albano cambió la estrategia. Hicieron una formación en cruz. *El Flaco* y Soltrina quedaron en el medio, él y Gaiwan en los costados, Bennett en la punta. Y a los doscientos metros le mataron el caballo a Bennett de dos flechazos. Se apoyó en el caballo del *Flaco*, a este, le pusieron un oscuro por cara que lo tuvo la señorita, y siguieron avanzando, no sin ya dejar algunas cosas tiradas, de menor valor.

Nadie más se animaría a hacerles un ataque frontal. Solo les tiraban flechas de lejos, dos o tres flechas, y se quedaban quietos para que no los pudieran ver. Así avanzaron lo más rápido que pudieron sin matar al caballo de Tornado, y a uno de carga, más el del *Flaco*. Estuvieron más de un día así, ya estaban todos afectados. Faltando poco por salir del bosque, estaban como quien apenas está reteniendo su vida, sufriendo deshonra y cargando dolores y golpes. No estaban ni en lo más mínimo, en el mismo estado con el que habían ingresado. No es que no tuvieron una gran victoria, pero se sentían fatal: casi habían perdido la guerra en su interior.

Bennett comenzó a tener un dolor insoportable. Si se subía a otro caballo, supusieron sería peligroso, porque él les estaba haciendo de muro, contra las flechas que les tiraban de frente.

Cambió de lugar con Tornado, quien se movía torpemente, y tres veces cayó a tierra, antes de que salieran del bosque, y eso que un poco guiaba a los caballos, y un poco se sostenía de ellos.

Comenzaron a avanzar como muertos, hasta el camino principal, Gaiwan y Albano, se quedaron avanzando en la retaguardia, casi cayéndose de cansancio, pero pese, listos para pelear si era necesario, y así lograron llegar de noche al camino. Cansadísimos, y más muertos que vivos, especialmente algunos de ellos. Tuvieron que bajar a la señorita y al *Flaco*, y ella lo ayudaba a caminar a él. Descansaron unas horas, se pusieron nuevamente en marcha, y al amanecer comenzaron a cruzarse a ciudadanos del reino, que con miedo se alejaban de ellos. En cuanto vieron una carreta. La frenó Albano, como si fueran enemigos, con voz de mando.

– ¡Abajo todos de la carreta! Tienen el honor de ayudar a *caballeros puros* del reino, reclamen la paga en el templo.

El que conducía miró, y sin pensar dijo.

– ¿*Flaco*?

Albano se le acercó y le susurró: –¿Señor usted quiere conservar su vida?

Le retuvo su identificación, y se fueron con la carreta, tapando *Al Flaco* y a la señorita. Al cruzarse con unos guardias, Albano dijo.

– Señores, tienen el honor de ser nuestra escolta. – Y así lo hicieron.

A otro guardia en el camino. Albano le ordenó que se apurara a Tinkentou, y declarara: “Que los cinco *caballeros puros* necesitan urgente sanadores y transporte”. *El Flaco* y la señorita, en todo momento estuvieron escondidos en la carreta. Ella durmiendo arriba de él... Y tranquilizándolo, cuando una y otra vez se despertaba, pensando que los atacaban, o queriendo encontrar la salida del infierno en el que estuvo...

A las largas horas Mismi junto a tres *guardias puros*, soldados, y ayudantes, los asistieron hasta el hospital del monasterio. Y empezó a correr la voz: “Cinco *caballeros puros*, más un valiente, rescataron la hija del *padre*, y dieron muerte a toda una

base de operaciones de *los endemoniados*, matando a muchos asesinos.”

Y a poco tiempo se comenzó a murmurar que ese valiente era *El Flaco*, un conocido cazarrecompensas del pueblo de Zonkirian.

Ya en la ciudad, en el monasterio, en la enfermería encontraron descanso los caballeros, espiritual y físico; el padre volvió a ver a su hija, y *El Flaco* comenzó a estar cuerdo de apoco, y también ella. Al mes estuvieron, podría decirse, normales; aunque cargando heridas externas e internas.

En la enfermería, Mismi los iba a revisar muy seguido a los caballeros, Soltrina y *El Flaco*. De vez en cuando se retiraba con alguno aparentemente para charlar. Al lado de la enfermería hay un amplio jardín con árboles, una fuente, estatuas, flores y pájaros, allí habló con *El Flaco*.

– ¿Cómo te sientes? – Le preguntó Mismi.

– Me recuperaré, le respondió – Y añadió, mientras se sentaban en un banco con forma de león tumbado en la tierra –. Sin embargo, hay cosas que no termino de entender, por ejemplo me gustaría saber sinceramente ¿cuánto puedo confiar en tí?

Mismi, lo miró como si le encantara la pregunta, y le dijo.

– Creo que varios se hacen esa pregunta. Y puedes confiar totalmente.

– ¿Porqué tanto énfasis de que participe en la misión? Me di cuenta, minimizaste un poco los riesgos, y buscaste convencerme a toda costa.

– Es verdad, temía que lo notarás, y no me lo preguntarás. Cómo sabes soy muy amiga de Soltrina, y también de la madre de ella y su padre, y soy, podría decirse, una candidata a ocupar el cargo del *padre principal*.

El Flaco se acomoda en el asiento, adoptando una postura de mucho interés, y hace un gesto cómo diciendo ¡Si que estás bien acomodada, no me lo esperaba! Ella sonrío y continúa.

– Mi actitud, fue de brindarles mi total apoyo al *Padre principal*, su hija, su madre, el reino. Y al conocerte, y conociendo a Soltrina, vi que eran el uno para el otro; y tuve esperanza en el Creador de que al final todo ayudara para bien. Yo realmente sentí y razoné que tenías que ser tú el que la rescatara. De hecho, se lo pedí en secreto a Tornado.

El Flaco se la quedó mirando, deseó con todo el corazón tomar un trago de algo bien fuerte, pero no tenía nada a mano; miró hacia el jardín. Y escuchó a Mismi qué le preguntó.

– Espero que no estés enojado conmigo, yo lamento de que la situación haya sido tan difícil; si hubiera sabido, hubiera reunido a veinte *caballeros puros*. Además de ti, obvio.

– No estoy enojado, amiga mía –Le dijo *El Flaco* y ella levemente suspiró de alivio.

– Me alegro, y tené por seguro que contarás siempre con el apoyo de *los puros*, siempre que estemos Tornado y yo en pie.

– ¿Y el *padre principal* qué opina de mi?

– Se siente en deuda contigo, y será fiel a saldarla de forma correcta. Pero te tiene un leve grado de desconfianza aún. No te lo tomes a mal, pero en su puesto tiene que ser desconfiado.

– Comprendo.

Comenzaron a pasear por jardines *El Flaco* y Soltrina, y no solo en los jardines internos, paseaban también un poco por la ciudad. Llaman mucho la atención, especialmente ella con sus ojos totalmente negros, y tatuajes en su cuello, brazos y manos, que no los ocultaba. Y agarrada de la mano de la nueva leyenda: *El Flaco*, de quien comenzaban a hablar todos.

La ciudad de Tinkentou, es amplia, posee gran movimiento, casas de todo tipo. Algunas de ricas, amplias y muy decoradas; otras más juntas una de la otra y pequeñas, las de la clase media. Dentro de la ciudad no viven pobres, ni pueden quedarse gente durmiendo en la calle. Está rodeada de una fuerte

muralla y puerta doble, e incluso hay algunas murallas extra dentro, como ser la que rodea al palacio, el almacén, y la que rodea al monasterio de *los puros*, muralla criticada aveces, porque el monasterio prácticamente podrían allí acuartelarse como si fuera una ciudad independiente, hasta posee una torre con una ballesta. Las calles son todas de piedra, hay negocios, y todas las edificaciones típicas de una importante ciudad. El sector más económico de la ciudad son muchas casas pequeñas con pasillos holgados, y sin negocios. Pero sin embargo con algunos puntos de vigilancia con soldados. Todo muy limpio, y el almacén principal... hasta tiene una torre de defensa, esculturas en la entrada, y un amplio lugar de almacenaje bajo tierra. Son impactantes a su entrada, las dos esculturas de las Nínimas, algunos recorren gran distancia, solo para ver esas dos estatuas, y se rumorea varios enloquecieron de tanto mirarlas, son hermosas en extremo, totalmente desnudas y bellísimas por donde se las mire, y sus ojos parecen reales. Es una ciudad que ya tiene más de seiscientos años, y es la segunda más importante del reino. A su alrededor tiene amplios campos, y a 1 km está la ciudad anexa, conocida por el pueblo como “La de los pobres”, pero su nombre oficial es Nueva Tinkentou, porque son todos los que no lograron asentarse en Tinkentou, o vendieron por necesidad, sus casas de allí; y ni siquiera se terminó su muralla, y aveces también van a parar ahí refugiados. La muralla se terminó solo en el frente, muy linda la entrada... con sus dos torres, pero nada más, el palacio es pequeño, aunque con espacio para agrandarlo... En *la ciudad de los pobres*, todo está a medio terminar, y ahí sí está permitido dormir en la calle, o plazas, y hay muchas calles de tierra. Eso si posee dos plazas principales, que de día se llenan de vendedores, se sabe que no es para nada una ciudad pobres, hay otras que realmente lo son, pero el pueblo popularizó ese nombre al extremo...

Soltrina y *El Flaco*, cuando salían del monasterio, los acompañaba una escolta de honor. A ellos le encantaba que el pueblo los miraran, sin saber si amarles o temerles. A ella princi-

palmente le temían, por su apariencia se *asesina endemoniada*, aunque se vistiera de blanco, y pareciera que al acariciarla el sol tuviera luz propia... Y la conocieran de antes. Aún se estaba recuperando, y tenía una presencia espiritual distinta que atemorizaba, más que dar paz como la de *los puros* y el *Flaco*; generaba incomodidad y temor. Nada de eso, al principio le importaba, abrazada al *Flaco*; sin embargo luego sí, cuando se distanciara un poco. Al *Flaco* le atraía que la vieran peligrosa, y le encantaba sus ojos y tatuajes. Y un día, cuando ya salían sin escolta, pues daba la impresión de que podían pelear nuevamente contra unos cuantos sin morir, y de hecho, ya comenzaban a ejercitarse... Paseaban fuera de la muralla; *El Flaco* con su espada a la cintura; ella, sin armas, ya que aún no estaba decidida su situación. Se reveló que era estudiante de *caballeros puros*, pero ahora está marcada como una de *los endemoniados*, y a los *desendemoniados guerreros*, solo se les permite utilizar una única arma, en caminos principales y ciudades: Una daga larga. Y ella, optó en silencio por no usar ese símbolo.

El Flaco le pregunta estando solos, algo que le revoloteaba en la cabeza continuamente.

– ¿Me dijeron que te raptaron mientras viajabas? Pero me cuesta creerlo. He notado que eres buena combatiente.

– Te mereces saber toda la verdad, pero mejor no hables de esto.

– *El Flaco* asintió –Y se sentaron entre flores; rodeados de canto de pájaros, a tiro de arco desde la muralla, solos.

Ella le da la mano, dejándola caer sobre la mano del *Flaco*, que la acepta delicadamente, él deja que ella la apoye sobre su mano. Ambos sin guantes. Cómo sabemos, es una señal de gran amistad entre un hombre y una mujer. Comienza a contarle.

– Discutí con mi padre. Por estar cansada de estar dentro de la ciudad, entrenando en oculto, y estudiando. Así que ya estaba media mal... Resentida por dentro. Y sinceramente quería ver si conocía a alguien, al menos para tener algún amigo fuera del

círculo de religiosos y caballeros. En otras palabras, tenía ganas de conocer a alguien que fuera mi novio. Porque nadie de los que me presentaban me gustaban, por una cosa u otra, y me presentaban más bien a estudiosos, religiosos y políticos.

Hizó una pausa, se escucha el viento acariciar las cosas produciendo su sonido típico, se miran, está soleado, cantan pájaros. Una liebre levantó la cabeza coronada por dos grandes orejas, se hacen señas, la miran y los miró haciendo un gesto como de querer oler...

– Los *caballeros puros* que conocí, todos casados o comprometidos. Para *los nuevos*, pues no se nos permitía estar junto a ellos, y si nos cruzábamos, ellos mantienen mucha distancia, porque vienen para otra cosa... Le pedí a Mismi, si podía acompañarla, pensando en mi interior, que en la capital tal vez podría conocer a alguien interesante; y sino, igual me iba a comprar algunos libros para relajarme. Irónicamente quería más información sobre *los endemoniados*... Porque en el monasterio, eso no se brinda así nomás.

– Me fui sin armas, solo una daga debajo del vestido, en la pierna, de civil, de noble. No sabíamos que había un asentamiento de ellos tan cerca. Teníamos escolta, soldados comunes, y un caballero con armadura pesada, afuera de la carreta donde estábamos Mismi y yo. Lo suficiente para espantar a cualquier banda de delincuentes.

– Llevábamos bastantes cosas, hiervas, y cosas para cambiar con el monasterio de la capital. Atacaron, los soldados quedaron inmovilizados y los atarían. El caballero, estaba como con miedo; yo salí a darle apoyo, pero nos vimos rodeados de siete u ocho *guerreros endemoniados*, y yo sin armadura ni armas. Me apuntaron con un arco, me tiré al piso. El caballero comenzó a pelear, le clave la daga a uno en el pecho, me concentré en el Poder, algunos asesinos se atontaron. Pero el caballero no pudo pelear igualmente pelear bien... ya sabes... no están preparados para enfrentar a *los endemoniados*, no por una cuestión de habilidad en el combate, sino espiritual.

– Lo mataron entre varios. Comprendieron al instante que yo y Mismi eramos *puros*. A ella la ataron, y a mi me dijeron: "Ya que mataste a uno, ocuparás su lugar". Y también me ataron, y nos apuntaban con flechas de lejos. No luché, me dije, "Me infiltraré en ellos y aprenderé, aparte si me arriesgo sin armadura tal vez me maten".

– Comprendo, sí, hiciste bien en cuidarte.

– ¿Sabes cómo atrapan a los religiosos? Tensan de lejos sus flechas, si los de adelante caen al piso como volteados por un poder espiritual, sueltan las flechas. O si se desmayan todos, igual las flechas son lanzadas... Y tal vez te pegan, tal vez no. Y si comienzan a sentir que se van a desmayar, disparan antes. Como me dijo mi padre, aveces somos crueles. Si las flechas no impactan "Es que tenían gran fe, son ejemplo de que El Creador nos cuida". Pero si terminan muertos, una razón más para cazar a *los endemoniados*, y recibir caballeros para hacerlos *puros*.

– Tremendo sí...

– Cosa no fácil como sabes, porque el poder no es de las personas, es del Creador, que realmente cuida a sus hijos, y realmente tienen que ser *puros*... En fin, estando atada, me taparon la cabeza, me tiraron la sangre; supongo un caballo al que le hicieron no se qué cosa. Quiero suponer que fue la sangre de un caballo. Y me tuvieron mal, hasta llegar a su campamento, días. En fin, fui en parte secuestrada, pero en parte también me entregué sola. Yo supuse que iba a poder hacer algo, pero comencé a estar mal, como tonta; y sentí que la opresión de ellos fue tan grande que se disminuyó en mi el poder, y cuando me habían tapado la cabeza, no se me justificó pensar "o ellos o yo". Además mejor estar ahí un tiempo, que leer de ellos en un libro, me dije por tonta, o incrédula. Pero no me vi en oportunidad de ganarles en combate.

– Obvio, no tenías equipo.

– Sí, y me salió mal. Fueron quebrando mi voluntad. A los dos meses me tatuaron, y me tiñeron los ojos. Y me hicieron rituales, y me decían una y otra vez: "Ya eres de los nuestros,

nunca más te van a querer como antes. Nadie. Estás marcada." Y pasó como un año, y me lo empecé a creer.

– ¡Más de un año! Qué terrible.

– Cuando nos asaltaron... Supongo fue sin saberlo ellos; quienes éramos. Y ya cambió todo de nuevo. Una vez más prácticamente en guerra *los puros* contra *los endemoniados*, y el reino discretamente neutral, aunque con apoyo claro a *los puros*, pero prefieren estar al margen lo más posible. Hacía años que no pasaba nada.

– La autorización, para que la iglesia movilice a *los puros*. Me contó padre, no fue aprobada inmediatamente... El príncipe primero le pareció un absurdo pensar que había un asentamiento de los endemoniados a poco de la capital de la provincia, en el medio del reino. Y *Los puros* expertos, más bien estaban interviniendo contra el Reino del Alba. Entonces ahora se teme que *los endemoniados* y el Reino del Alba formen alianza. Pese a que los del Alba, como la mayoría de los reinos, es más lo que los rechaza, que lo que los apoya. Incluso, es secreto a nuestro pueblo, pero también hay un monasterio de *los puros* en la capital del Alba, pero no participan en batallas contra Troncos, protegen a la corte. Y Troncos ha extendido su territorio con puros peleando. Ya me fui de tema...

– No –interrumpe *El Flaco*–, por favor, continúa. Recién ahora me están quedando cosas en claro. Ya sabes que al pueblo se le informa poco, de lo que pasa entre los reyes y príncipes. Y de *puros* y *endemoniados*, uno sabe solo rumores... Como dice el dicho: "A los *puros* se los admira, y a los *endemoniados* se los esquiva".

– Sí –dice Soltrina–, y yo ahora me veo como uno de ellos...

– Tu eres *pura* bebé...

– Descuida. Pero mejor dame un abrazo, que me ponga triste. Tendría que haberme quedado aquí.

El Flaco la abraza, le dice.

– ¡Noo! Uno no tiene que ser un preso del miedo, o la resignación. Seguís viva y libre. Yo en tu lugar, me hubiera en-

frentado, total solo tengo mi vida y mis cosas, y ser preso no. Asi que hubiera terminado ahí mismo muerto, como ese caballero ¡Seguro! Vos sos como una princesa...

– Leoncito, El Creador no te iba a dejar morir... Y como lamentablemente dice el dicho: "Los caballeros mueren peleando y ellos lo saben".

– ¿Pero sabés qué es raro? –Dice *El Flaco*.

– ¿Qué?

– Yo voy y vengo muchas veces por caminos peligrosos, hace años haciendo encargos, y haciendo de guardia. Y nunca me crucé con *endemoniados*. Solo apenas alguna vez, de vez en cuando, con *desendemoniados guerreros*, y nada, miradas de reojo, y cada cual siguiendo su camino.

– Sí, como que dejaron de estar ocultos al raptarme a mi. Y se saben ocultar bien. No sé... Pero es que si capturan a un influyente, es factible que los busquen. Ahora si solo es un soldado común, o alguien del pueblo... Simplemente pasa como un registro de desaparecido. Y dejaron a Mismi y los soldados, se llevaron parte de las cosas y a mi... Yo tenía miedo de que los mataran.

– Tenían que ser *endemoniados*...

– Sí, nunca se sabe bien qué están tramando. Pero nada bueno seguro. Por eso todo reino intenta no tenerlos.

Quando el *Flaco* se curó, a los tres meses, fue nombrado caballero, y tres meses después, *caballero puro*. Él fue curando sus heridas pensando en Soltrina, y ella curó sus heridas pensando en él.

La ceremonia fue secreta porque se prefirió no vengan invitados, por seguridad, más allá de conocidos y destacados; en el Palacio de Tinkentou. Y en el templo, al poco tiempo, la ceremonia de los puros. Cuando *El Flaco* entró al palacio con armadura de caballero, prestada por el reino para la ceremonia, el príncipe lo llamó por su nombre.

– Señor Florindo Decinele por favor avance.

Se escucharon distintos sonidos raros y semejantes a risas, y el príncipe ya con *El Flaco* cara a cara, delante de su trono, le dice:

– No se enfade señor, pero ahora comprendo porque prefiere su apodo, a su nombre.

El flaco rió...

El príncipe le pidió a Tornado, les conceda el honor de levantarlo como caballero al *Flaco*. Y como se tiene por costumbre, se pararon uno enfrente de otro, sonaron las trompetas y los bombos, y se silenció todo. Y Tornado dijo en voz alta.

– Con el honor del poder que se me ha otorgado, le pregunto señor: ¿Acepta ser caballero del glorioso Reino de Troncos? Defender siempre con su fortaleza al rey, reino, príncipes, y a todo aquel que esté bajo el amparo del reino.

– ¡Si acepto! – gritó *El Flaco*.

– Te ofrezco mi abrazo de *caballero puro*, y como símbolo del reino, que también te abraza afectuosamente. Amigo mio.

Y se dieron un feliz abrazo, y le dio un abrazo también el príncipe, como símbolo.

Volvieron a posicionarse. Tornado desenfundó su espada, la levantó, dio un grito de guerra, que retumbó en todo el palacio, e hizo atemorizar a muchos y fortalecer a otros. Y dijo.

– Levante su estada.

Y así lo hizo *El flaco*. Y gritando, juntaron espada con espada girando lentamente. Y se escucharon las trompetas y los tambores, y hubo luego una fiesta. Y *El Flaco* tuvo uno de los momentos más felices de su vida, y se sentó al lado del príncipe y de Tornado, según la costumbre, porque él lo levantó como caballero.

Cuando vivió la ceremonia de *los puros*, *El Flaco*, recibió un nuevo nombre: Esperanza. Así qué para el pueblo seguía siendo *El Flaco*, pero para los caballeros, y por extensión oficialmente, sería su nombre *Esperanza*. La ceremonia de *los pu-*

ros, siempre es más o menos privada, en alguna iglesia, y no tienen fiesta, aunque suelen haber testigos; y estuvo entre ellos el príncipe, y luego es importante la primer charla oficial, con el *padre principal* de la iglesia de la zona del *caballero puro*, o donde reciba el nombramiento.

Sin embargo, hay que volver el tiempo un poco atrás, para no obviar algo muy importante. *El Flaco* a los meses, mientras se quedó a aprender, y terminar de curarse, y recibir honores, y la nueva armadura especial para él. Mientras terminaba totalmente de recuperar sus habilidades de combate, antes de ser un *caballero puro*, y aún un poco después también, comenzó a tener un serio miedo de uno de sus fantasmas... Como la mayoría lo suponían -aunque entre ellos no Soltrina-, estaba enamorado de Soltrina, pero ya acostumbrado al fracaso de su corazón, temía tener que enfrentar el volverse solo a su casa.

8

El Flaco y Soltrina

Durante cuatro meses; fueron capaces de dormir uno tirado encima del otro; estar paseando agarrados de la mano; fastidiarse mutuamente; pegarse; buscarse desesperados a los gritos en medio de terribles pesadillas; reír a más no poder haciéndose bromas; ella llorando arriba de él; él dejando caer algunas lágrimas sobre ella... Pero no fueron capaces de darse un beso, o hablar de un futuro juntos, ni amor, y/o sexo.

Fue interesante, cuando ya bastante recuperados, Soltrina arrastró al *Flaco* al sector de entrenamiento del ejército. Se moría de ganas de pelear contra él, o al menos de pelear un poco. Los dejaron entrar con gran reverencia. Ellos estaban deseando este momento durante meses.

En cuanto pusieron un pie en el sector de entrenamiento, los comenzaron a mirar todos. El capitán encargado del entrenamiento del día, se acercó a ellos.

– ¿En qué puedo ayudarlos, estimados del reino?

– Hola Zarpa –se adelantó a decir Soltrina–, queríamos ir un poco a la arena mi amigo y yo.

– Claro será un placer –miró hacia un costado y gritó–, ¡Matias Deltruenos, dos espadas y escudos de entrenamiento! ¡De los nuevos!

Se vio a uno salir al tronte. Añadió Zarpa a ellos con voz amigable: “Sigamos”. Y mientras cruzaron un diálogo casual, se dirigieron al sector de la arena, amplio lugar donde puede pelear un batallón entero contra otro, o formarse tropas antes de ir a la guerra. Ya estaban llamando notoriamente la atención, y se notaba, que Zarpa estaba haciendo tiempo, antes de que comenzaran. Añadió.

– ¿Disculpen señores, pero podríamos avisar a los caballeros, y al príncipe antes de que comiencen? O se quejarán de mi, y hasta temo que me castiguen...

– Sí, pero creo está exagerando señor, le dijo *El Flaco*.

– No, por favor, insisto señor –Y al ver una afirmación del *Flaco*, añadió. –Gracias, y discúlpeme usted también señorita Soltrina.

– ¡Mensajeros! –Gritó el capitán Zarpa, y se escuchó a varios repetir “Mensajeros al campo de entrenamiento”, y vinieron al galope cuatro, alteradísimos soldados, como si los persiguiera un león; y se fueron en idéntica actitud al escuchar palabras del capitán, que les dio su mensaje. Les dieron protecciones mínimas para pelear, mientras *El Flaco* y Soltrina comenzaron a hacer ejercicios de precalentamiento, y se las pusieron, y probaron movimientos así equipados. Soltrina ya estaba vestida de forma acorde, pero *El Flaco* no. Como una hora los hicieron esperar, a Soltrina a veces se la veía hacer alguna pirueta en el aire, sí que estaba ágil... *El Flaco*, a veces se quejaba de algún dolor. Y cada vez se juntaba más gente a su alrededor, formando un círculo para mirarlos, nobles, caballeros, destacados de la nobleza, ejercito que justo estaba ahí, y gente de la iglesia. *El Flaco* le dijo a Soltrina despacio.

– ¿Estás segura?

– ¿Qué, me temés leoncito?

– ¡Ja! ¿Lista bebé?

– Muy...

– Carajo, yo no...

Ella sonrió, pero ya estaba entrando en su mente en modo combate, y no se le escaparía una carcajada, ni aún por *El Flaco*, o las cosas que puede llegar a hacer, decir, o a pasarle solo a él...

Se posicionaron uno enfrente del otro, se sintió inmediatamente algo en el ambiente, algo especial. Cómo si todo el universo estuviera pendiente de ese momento, y todo pensamiento se apartara ajeno a ese instante, y los sentidos se agudizaron. Ambos se inmovilizaron como estatuas un segundo. Gran silen-

cio alrededor. Ella sonreía, *El Flaco* la miró entrecerrando los ojos. “¿Qué tan buena será?” Se preguntó por dentro una vez más, y estaba serio. No sonreía cómo cuando siente, que va a enfrentar una pelea con un enemigo competente. Se sintió que estaba en un examen, y se jugaba su honor.

El Flaco hizo un grito de guerra -mezcla de grito y gruñido de perro-, algunos se estremecieron. Ella comenzó a dar unos pequeños saltitos, en el lugar, mirándolo fijo, y se notó reguló su respiración para oxigenarse mejor. *El Flaco* corrió a ella en zig, zag, al tiempo que gritaba, ella dio una vuelta tirándose al piso, en sentido diagonal hacia las espaldas de él. *El Flaco* presintió un golpe a las piernas, y lo bloqueó cubriéndose con su espada, antes que ella se lo impactara, sin verle el golpe siquiera, pero inmediatamente la mira, para no darle oportunidad. Soltrina dio un salto parándose, y avanzó, y al estar ante él, le lanza un golpe con su escudo, golpe que *El Flaco* frenó, al tiempo que le lanza un golpe horizontal con su espada del lado abierto, que ella obviamente también interceptó y se lo devolvió más fuerte que *El Flaco* esquivó.

Se escucharon algunos sonidos de los espectadores. El padre de Soltina la miraba orgulloso, y se le escapaban lágrimas, los dos se ponen a girar como gallos de pelea. Fue notorio en gran manera, desde el principio, cuando se pararon uno en frente del otro, de que eran excelentes guerreros, y cuando comenzaron a tirarse golpes, no hubo lugar a duda: sus posturas, respiración, formas de tener las armas, gritos estratégicos, equilibrio, conocimiento de golpes, más o menos, firmeza en tierra, etc. *El Flaco* le intentó hacer una embestida con todo su cuerpo, más lanzándole un golpe de espada, siguió de largo. Se tomó el tiempo necesario y otra vez, y ella lo esquivó de nuevo; y otra, pero lanzó un golpe bien largo, cruzado, que casi la alcanza, pero lo volvió a esquivar. No es que lanzaba golpes desprolijos, eran todos ciertos, muy capaces de derribar a un experimentado soldado de un solo golpe; tal vez, aunque tuviera armadura pesada si él descargaría toda su fuerza, pero ella lo esquivaba muy bien, y aunque él pusiera más fuerza o no, no la hubiera impactado. En

cuanto amagó a irse contra ella a acorralarla... Ella hizo un grito que heló la sangre, y lo hizo dudar, un instante, y se le vino con todo lanzando Soltrina golpes al aire y girando, y hacia él. Fue un remolino tratando de desestabilizarlo e impactarle. *El Flaco* frenó todos los golpes, menos uno de ella a su pierna, en cuanto le tapó la visión con su escudo, le impactó.

La multitud ovacionó, *El Flaco* abrió los ojos como dos huevos fritos. El combate ya había durado más de cinco minutos. *El Flaco* saltó contra ella tomando impulso con la pierna de atrás, tal como lo hubiera hecho en combate real, para no perder impulso contra su enemigo. Y ella... y ella bien brava como un demonio, hizo lo mismo contra él. Se escucharon chocar los escudos, se quebró el de ella (porque claro, solo son de entrenamiento); revotaron uno contra el otro tirándose unos golpes sin impacto preciso. Tomaron distancia, miraron el escudo un instante, sin romper posiciones, pero siguieron como si nada, pues seguía aunque quebrado, bien armado.

Ella comenzó a dar piruetas alrededor de él acercándosele, y le tiraba golpes que lo saturaban a su contrincante, y este tiraba menos golpes, porque no le daba el tiempo. Pero en cuanto vio que iba a hacer una nueva acrobacia, *El Flaco* se tiró al suelo girando en si mismo de costado, y le lanzó su escudo a una pierna, e impactó en ella; buen truco, si lo hubiera hecho fuerte estarían empatados, válido si su contrincante no tenía armadura pesada, lo cual se suponía ninguno la tenía. Ella sonreía disfrutando el momento, aunque sintió un poco el dolor del golpe, no le importó. *El Flaco* rió por primera vez en tal pelea... Y se acercaron lentamente como dos pumas a punto de pelear, solo que no se mostraban los dientes, sino que se apuntaban con las espadas. ¡Qué pelea! ¡Ya habían pasado como quince minutos de intenso combate! Y se los notaba sin cansancio.

Se fueron acercando, entre amagues y movimientos llenos de técnicas. *El Flaco* ya no tenía su escudo; Ella, entre su escudo y espada al estar a distancia de choque... le llovió una de golpes al *Flaco*... que este en un momento no pudo frenar uno a su costado, ni otro a su cara. Y así perdió, aunque dando buena

pelea contra Soltrina. Todos ovacionaron, y se alegraron en gran manera por presenciar el combate, aunque *El Flaco* tuvo que soportar algunos chistes tales como: “Mejor no te cases con ella señor”, “¿Quién rescató a quién?”, “Señor seguramente necesita recuperarse aún unos meses más”. Todos disfrutaron del momento. El Príncipe ordenó a un mensajero, que le trajeran inmediatamente el mejor vino, del bar cercano, a los dos guerreros. Y ellos lo recibieron mientras salían a volver a descansar, entrelazados uno al lado del otro, por los codos de forma muy amigable.

El Flaco temía perderla, recordando su pasado. Soltrina, una vez que informó todo lo que vivió con *los endemoniados*, y supo, como lo temía, que ya no podía ser más una practicante de los *caballeros puros*. Se la pasaba dando vueltas en el monasterio o estando con *El Flaco*. Pero en el monasterio se asustaban de ellas, y salvo sus conocidos más íntimos, la esquivaban. Podría decirse que hasta les daba miedo. Por otra parte cuando estuvo mejor, ya no se animaba a estar tan pegada del *Flaco*, porque le daba vergüenza. Y ahora que el héroe estaba cuerdo, como para intentar acercarse románticamente, ella en cuanto lo notaba, lo rechazaba, porque no se sentía cómoda.

Y al *Flaco*, ella lo confundía al extremo -como todas las mujeres-, porque si le agarraba la mano, ella comenzaba a sacarle la mano. Pero si él se fastidiaba y se iba, ella le iba atrás, como si fuera un perro. Aunque aveces no, entonces él se la pasaba detrás de ella, y la buscaba para entrenar, o con cualquier excusa, y ella iba; entonces él, no sabía si iba con él porque le gustaba, o porque ella estaba aburrida. Soltrina buscó el consejo de su padre y madre, y *El Flaco*... pensaba solo.

La madre le dijo.

– Hija, El Creador los unió, nadie en esta tierra te va a querer y a cuidar como él. Él te será fiel y amaré siempre.

El padre le dijo.

– Puedes seguir con tu carrera en el monasterio, o terminar muerta junto a un cazarrecompensas, que de *puro* tiene poco.

Debo admitir que es un caballero, y muy bien merecido, y fue utilizado por el Creador, y le estamos en deuda todos, y lo quiero como a un hijo, pero tú podrías conseguir algo mejor. Y tu carrera... no es algo que con tiempo no pueda arreglar.

Y de más está decir, que se enojaba con su padre, y le decía cosas tales como.

– ¿Pero vos no me ves cómo estoy ahora? Y aunque no tuviera los ojos y la piel como los tengo, creo que nadie me atraería como él lo hace.

Y se dio cuenta que se estaba respondiendo a sí misma, la duda de su corazón. Pero extrañamente se preguntaba si él estaría enamorado de ella, o la rechazaría, o aunque no la rechace, ¿cómo se llevarían de aquí a dos años? O tal vez ella tendría que conseguir a alguien mejor... porque quizás *El Flaco*, después de todo, no sea ni más ni menos que un cazarecompensas honrado, o alguien más entre varios que conoció, que comenzaron la carrera de los *puros*, pero que poco duraron como *puros*. Es decir, estaba llena de dudas, y después de todo, parecía que tenía tiempo para decidirse...

...Y se alegró con él cuando fue nombrado caballero ...Y se alegró con él cuando fue nombrado *caballero puro*. Y aveces estaban re bien, pero aveces se notaban diferencias entre ambos. Y se distanciaban, pero al poco se juntaban de nuevo, pero si él se le acercaba de más, ella como no estaba segura aún, se alejaba un poco. Y *El Flaco* aveces se fastidiaba, y Soltrina se daba cuenta en el fondo del porqué, pero ella consideraba que debía estar segura...

Un día discutieron por plantas. Estaban ambos en un sector de entrenamiento, con jardín, del monasterio. Habían llevado arcos, ballesta y algunos blancos. Ella de repente se puso a tirarle flechazos a flores de una enredadera, enredada en un árbol, y estaba re divertida en eso, hasta que lo ve el *nuevo caballero puro*, Esperanza, que estaba absorto detrás de ella leyendo un librito.

– ¡Qué hacés! ¿Estás loca? –Se le escapa al *Flaco*.

– ¿A quién le dices loca, señor leoncito? –Le dice en tono afectuoso Soltrina, dándose vuelta y mirándolo.

– ¡Estás rompiendo las flores de esa enredadera! –Le dice *El Flaco* enojado porque rompió una planta.

– ¿¡Me llamaste loca!?! – Dice Soltrina cambiando su tono de afectuosa a indignada, porque no le gustó la actitud del *Flaco*.

– No, no... Lo que dije es que eso no es normal.

– ¿Me estás llamando anormal? ¡Sos un desubicado! ¿Y ahora me vas a llamar animal también?

– No, no ¿Porqué rompes la planta que es re linda?

– Estaba practicando tiro en movimiento. ¿No es obvio ¡Y ya me hiciste sentir mal! Sos un desubicado...

El Flaco, sintió un odio terrible recorrer todo su cuerpo, y se contuvo, y se fue sin decir más nada, pero Soltrina aún no acostumbrada a sus cambios, y luchando aveces en su interior con incomodidades, se quedó allí y se puso a llorar.

Al día siguiente, *El Flaco*, fue a su casa temprano, pues él dormía solo en unas pequeñas habitaciones del monasterio. Y Soltrina con sus padres. Había decidido que al día siguiente se iría.

Tenía puesta su armadura nueva, pero distinta a la de los *puros*, bien pegada a su cuerpo, y con hierro especial, muy resistente de color negro amarronado, agradecimiento del príncipe. Aunque sobre esta tenía el sobreveste, y como todo *puro*, nunca faltaba la tela anudada en su brazo. Salió a recibirlo la madre de Soltrina, cuando fue anunciada su llegada.

– ¡Si que te queda bien esa armadura! Haces bien en acostumbrarte a ella.

– Gracias señora, puedo pasar.

– Claro que sí, pero mi hija me dijo que se estará dando hoy un baño especial, de ahora y teverde, le encanta eso. Es para ponerse más hermosa... Le deja la piel re linda, joven, renovada. Y estaba triste ayer. Disculpala aún está sensible.

– Esta bien, si no está disponible, espero no le moleste dejarle un mensaje, estimada señora.

– ¿Claro, qué le digo?

– Me retiraré mañana a la tarde, a mi casa... De hecho también vengo a despedirme de usted señora. Gracias por su gran amabilidad.

La mujer se quedó totalmente sorprendida, como de piedra.

– ¿Cómo se te ocurre irte?

– Bueno, no me voy a quedar eternamente aquí, tengo mi casa... Pero nada, seguramente volveré pronto a entrenar, aprender cosas nuevas, y ansioso de visitarlos.

– Por favor háblale tú a mi hija más tarde ¡Yo la verdad que te ruego que no te vayas!

– Disculpe señora, pero ya me he quedado mucho más de lo que pensaba en un principio...

– ¡Soltrina! Tapate y bajá un minuto. ¡Soltri!

– Disculpe señora me retiro –Dijo *El Flaco* apunto de que se le notara se estaba por ahogar en tristeza.

Y ahogándose en llanto interno, pero ya decidido, se dio media vuelta haciendo uso de su fuerza interna para marcharse, y tal vez nunca volver. Ya se había cansado de ser rechazado una y otra vez por aquella, a quien amaba; y se le fue enfriando algo su amor. Ya se estaba incluso, sintiendo triste de estar en la ciudad, porque allí en realidad se había quedado, principalmente, por su alegría de poder estar con Soltrina, pero eso no avanzaba, antes parecía, cada vez se distanciaban más.

Se fue a la casa de Bennett, que en ese momento era su único gran amigo que estaba en la ciudad. Y le pidió que lo acompañara al bar a despedirse del lugar. Y Bennett lo hizo, lamentándose por dentro, suponiendo: Que se había peleado con Soltrina en serio. A Bennett no le agradan mucho los bares, pero acompañado de algún amigo, ahí sí le gusta ir.

Soltrina, mientras tanto se había cambiado, llorado sola, desesperado, y corrió a comprar bonitas flores, y fue apurada al

bar donde le dijeron que estaba Esperanza. Se metió apurada y se sentó a su mesa ante la mirada de todos; y los que estaban con él a la mesa, aunque un poco corridos, al verla a ella temieron, y se fueron; salvo Bennett, el único de sus amigos que estaba allí en ese momento.

Generalmente, la actitud de alguien, al ver a otra persona tatuada y con los ojos negros -a uno que recuerde a *los endemoniados-*, era alejarse como si estuvieran enfrente de un animal que los fuera a atacar. Eso a Soltrina le fastidiaba mucho, incluso el que le vendió la flores, no quiso cobrarle de miedo.

Y ella se lo quedó mirando a Esperanza, y él la miraba, y le miró las flores. Bennett, en cuanto vio que Soltrina le traía flores, contrario a como hace todo el mundo: ella, a él. Presupuso que iba a presenciar todo un acontecimiento único, y en gran manera esperado por mucho, y solo un grito de batalla llamándolo a su deber podría hacerlo mover de la silla. Se le dibujó una cara de felicidad inquebrantable.

– Hola... – dijo él.

– ¿Leoncito?

– Hola bebé... Siempre me encanta verte –Corrigió su tono desmotivado *El Flaco*, y en cuanto dijo “bebé”, ella comenzó a derramar lágrimas.

– ¿Querés ser mi marido? – Le dijo ella mirándolo fijo, y añadió– Hola mi amigo Bennett, te ha tocado ser nuestro testigo.

– Es para mi todo un honor –Le respondió Bennett, con una carra irradiante de alegría, y lo miró a *El Flaco*.

El Flaco se quedó como de piedra, el bar se silenció totalmente. Bennett se puso de pie imponente. Todos los miraban, y ella le dio el ramo de flores, y él intentó no lloriquear, pero no pudo no dejar de limpiarse lágrimas que empezaron a limpiar su alma. Es la primera vez que alguien lo veería llorar en su vida. Algunos del bar temieron por estar allí en ese momento. Estaba ante sus miradas acontecimientos de los cuales preferían no ser testigos.

Y Esperanza tomó un trago, y apoyó fuerte el baso en la mesa sin querer. Y con la cabeza hizo una afirmación, y ella rió

por no poder contener la felicidad que sentía, lo abrazó, le dio un beso, y se fueron a preparar para irse a la casa de Esperanza. Bennett habló y dijo antes que se retiraran:

– ¡Como escribió un gran amigo poeta! –Y le dirigió una mirada de reojo a su amigo abrazando a Soltrina. – “Hasta una sonrisa o lágrima es capaz de cambiar nuestro destino, imagínate las dos juntas.”

Todos aplaudieron, y todos gritaron según la costumbre, con que se les homenajeara a los *caballeros puros*: “¡Vivan los puros eternamente! ¡Vivan!”

Cuando salían del bar, todos caían al piso ante el *caballero puro*, y su dama guerrera que lo acompañaba abrazada a su brazo, porque se sentían tocados por El Creador. Todos menos Bennett que se quedó viendo la impresionante escena, apoyado contra una columna del bar, afuera de este, y afirmó que así fue. Todos iban cayendo alrededor de donde ellos pisaban, pero ellos no detenían su destino.

Soltrina estaba muy contenta y sonreía a cada rato, y Esperanza era pura emoción en silencio, y ella lo molía a besos. No se demoraron más. Soltrina tenía una armadura que nunca utilizaba, porque la hacía muy sexy, y se le marcaban muy bien las caderas y bustos. Antes le daba vergüenza, pero desde que volvió, quería volver a usarla, la vistió contentísima, sobre una cota de malla, y utilizó un bolcito con el escudo de los *caballeros puros*.

Su padre le trajo un permiso especial, de portación de armas de caballero, firmado por el príncipe y él mismo, como garantes de su honor.

Salieron de su casa, con dos sirvientes que les llevaban las cosas. Todos los miran de reojo, algunos niños se les acercan y miran a los guerreros asombrados. Esperanza les sonríe, no tiene puesto el casco, ella no los mira, porque si lo hace se pueden poner a llorar. Su largo pelo negro está sobre su armadura, y tie-

ne una trenza, con dos mechones de pelo de la parte de delante, que enrosca atrás; como para que pese a usar el pelo suelto, no le moleste en el combate si no tiene casco.

Saludaron, fueron en busca de sus caballos, los cargaron, y comenzaron a acercarse montados en ellos, a la puerta de la ciudad. Algunos que los ven pasar, les lanzan alguna flor en el camino. Soltrina le murmura a Esperanza.

– En el camino te contaré de algo. Has elegido este día como guiado por el Creador, apurémonos.

Ya en la puerta, Soltrina se baja de su caballo equipando espada y ballesta. Los guardias la miran inundándoles miendo interior, y por instinto dan un paso hacia atrás; porque ella sin querer, impetuosa va a ellos, y sienten su presencia, agarran los soldados fuerte sus lanzas. Ella se les acerca moviendo sus cade-ras. Esperanza le mira de atrás, como se le mueve la cola de acero bien delineada, que aún no disfrutó verla sin tantas cosas arriba. Soltrina acercándoseles dice.

– ¡Saludos!

– Saludos mi señora, y felicitaciones por su compromiso, alegría de toda la ciudad–. Dice un guardia sin animarse a mirarla a los ojos, pero haciendo una leve reverencia.

– Gracias señor. Vengo a notificar los caminos del *nuevo caballero puro* Esperanza, y la hija del *padre principal*.

El guardia se acerca a una mesita, deja la lanza, toma la pluma del tintero, con la mano que le tiembla, y se apoya en la mesita para escribir en el libro. Dice.

– Prosiga.

– Nuestro destino es el pueblo de Zonkirian, la casa reconocida como del *Flaco*. Se prevee estaremos allí, seguros en un mes.

– Confirme por favor: ¿Un mes?

– Confirmado.

– Registrado señora, buen día, y disfruten del viaje.

– Gracias señor, buen día.

Ella volvió a montar a su caballo. Ya sobre este, juntando su caballo al de Esperanza, le tendió su brazo para dejarlo apoyado sobre la pierna de él, como lo acostumbran a hacer, las hábiles princesas en montar, cuando salen de paseo con algún príncipe, o habilidoso noble. Le murmura ni bien pasan la puerta.

– Siempre que salís o entrás, tenés que hacer esto o te frenarán los guardias y quedarás en ridículo.

– Jeje... Bueno, gracias, nadie me lo dijo. De donde vengo, me gritaban saludos de las torres...

– ¿¡Qué!?! ¿Yo soy “nadie”? – Soltrina ríe.

– ¡Jeje! – *El Flaco* suelta una carcajada, porque ella rió primero... Añade: –Y si que te temen eh...

– ¡Uff! No lo puedo evitar. Se mezcla en mi una presencia y fuerza... que los atemoriza, para peor ellos y yo con armas.

– ¡Qué no te moleste! Ellos son unos cobardes...

– ¡Shh! A ver si te escucha alguien.

Y saliendo de la ciudad, despacio como se tiene por costumbre, salvo en momentos de urgencia. Ya que suele haber considerable gente... Cuando se la comienza a ver de lejos. Soltrina le dice a su prometido.

– ¿Esa armadura vino con papiro amor?

– ¿Viste? Parece de hierro de meteorito.

– Sí...

– La cota me dieron una común, el escudo ya no estaba disponible, ni la espada. Y vino con historia, pero no puedo leerla porque está en otro idioma.

– Interesante, ya averiguaremos cuando haya tiempo. Porque... El historiador del monasterio seguramente podría averiguar. Es muy bueno, y está siempre ocupado, y tardará más de un mes. Y tenemos que hacer cosas.

El Flaco la miró sonriéndose, siendo obvio en lo que pensó, y le dice.

– Sí, sí, ya nos sacaremos la duda más adelante.

Soltrina soltó una risa muy alegre...

– El príncipe me dijo –continúa Esperanza–, de que yo le daré mejor uso del que esté, de adorno en las cámaras del tesoro. Que la vio allí desde niño. Que cuando me vio pensó enseguida en la armadura, que me quedaría bien...

– Qué bueno. Y claro que te queda re bien...

– ¿Será una de esas legendarias fundidas y templadas con lava? –Dice él demostrando que algo sabe...

– Eres inteligente Leoncito. Si es una legendaria volcanso –corrige ella–, templada con lava y aceite varias veces, si que te quiere el Creador, y el príncipe te ha dado un gran tesoro, y le estás en deuda, lo que seguramente quiso.

El Flaco la miró como automáticamente, y guardó silencio como si hubiera sentido en ese momento, que pronunciaba una profecía. Y sin haberlo planeado, ella sintió lo mismo, y no dijo más nada.

...Ya en el camino principal. Andando cubiertos de telas blancas, le dice al *Flaco* cuando están claramente solos en el camino.

– ¿Me das unos ricos besos?

Y él lo hace, y lo disfrutan. Y ella hace un hermoso suspiro mezcla de pequeño gemido, que para él es tan grato de escuchar, como el mejor canto del mundo. Y ella, al minuto de mirarlo, y mirar hacia sus alrededores, sin alejarse le pone al tanto.

– Hay muchas cosas complicadas. Mi padre tiene una leve sospecha de Mismi. Tornado, y los compañeros *puros* que conoces, ahora deben estar saliendo del arrasado campamento de *los endemoniados*, donde estuve cautiva; ellos y treinta soldados de la guardia, más algunos caballeros. Yo le pedí a Tornado antes que se retire, que nos regale unas copias de unos libros, unas sustancias que nos serán útiles, y unas cositas más para nosotros muy interesantes, de hecho tú no tuviste tiempo de saquear, y te corresponde botín de guerra.

– ¿Mismi? ¡No puede ser!

– Sí, yo pienso lo mismo, la conozco desde niña, y se siente que es *pura*. Pero hace bien padre, no puede ser que no se asegure ¿Imaginate si lo sucede en el cargo?

– Sí, a mi también se me pasó por la mente esas cosas... Y vos qué pensás.

– Yo apoyo a mi padre en todo, pero pienso que Mismi es inocente. Pero comprendiendo al *padre principal*, no estaría mal que se indagara totalmente...

– Claro ¡Uff! Me imagino nuestro recorrido ¿Nuevamente al bosque?

– A las *ruinas del castillo resonante*, allí por costumbre se apartan los *caballeros puros*, del resto del ejercito y sus caballeros, cuando se frenan en ese camino. Supongo que llegaremos antes. Tal vez tengamos que estar una semana allí, tal vez crucemos a la campaña en el camino de regreso... No sé...

– Comprendo bebé, sigamos...

– ¿Sabes qué leoncito?

– ¿Qué dulzura? Ya quiero que sea de noche en el castillo...

– Jeje... Sentí tu mirada en mi cola cuando bajé del caballo, y mejor no te digo todo lo que sentí... Pero recuerda amor, que eres un *puro*. Y tienes que guardar las apariencias adelante de los demás.

– ¿Enserio sentiste mi mirada?

– Te lo aseguro.

– Necesito hidromiel de la buena... Esperá...

– Claro bombón.

Y ella con ojos negros, y de águila, mirando a su alrededor, con su mano buscó acariciar la ballesta, ya estaba en modo combate desde que se puso la armadura... *El Flaco*... Él pensaba en ese momento en la hidromiel, y en lo hermosa que es ella...

Apéndice.

A

La enseñanza de Usher a Esperanza.

Introducción del rey Fínico II Delnoble.

Cómo habrá sabido, por decreto oficial del glorioso rey del Reino de Troncos, Fínico II Delnoble. Se ha repartido en todo el reino, y se espera aún llegue a todo el mundo esta historia, del modo totalmente fiel a como ha ocurrido, mostrando hasta pensamientos íntimos de los involucrados, y todos los detalles reales de lo sucedido -sean para honra o deshonra tales detalles, pero más aún para nuestro aprendizaje-. Porque todos somos personas; aunque no lo digamos, con necesidades tales como amor, protección, comida, y honra; y con la capacidad, pese a todo, de podernos comportar correctamente, siempre y cuando no nos volvamos carentes de luz. Insto a todos a amar el honor y la verdad, y no dejarse llevar nunca por algún camino de oscuridad. Antes, apartarse de toda oscuridad a la primer oportunidad, y comience una nueva vida junto al Creador.

Se ha realizado un serio trabajo de investigación, y comprobación de los datos, con todo testigo disponible que ha quedado vivo, bajo declaración jurada incluyendo a *caballeros puros* y ministros de la iglesia. Y de todos los escritos testimoniales se encuentran una copia, en la *biblioteca de lo puros* de la Ciudad de Tinkentou, y otra en los archivos del *palacio de Troncos*. Y se han declarado ante escribanos del templo, religiosamente nuestros dos queridos héroes Esperanza y Soltrina.

Se advierte, hay hasta pena de muerte al copista que se atreva a modificar la historia, y se ordena, estén disponibles ejemplares, para ser leído gratuitamente, en toda biblioteca y templo del Reino de Troncos, para ser tomado por ejemplo por

todos; de hasta dónde puede llegar una persona honrada a progresar, y cómo todo puede influir, y nunca hay que temer a aquellos que se mueven por la injusticia, ni perder las esperanzas aunque se esté cautivo, o faltante de libertad. Se expresa a continuación la charla que tuvo nuestro reconocido héroe Esperanza, con el estimado *padre principal de Tinkentou* Usher, cuando recién comenzaba a ser considerado de forma oficial *El Flaco*, un *caballero puro*, Esperanza. Aquellos que son la honra del reino, y columnas importantes del progreso. Todos deberíamos imitar el comportamiento, de *los puros* y sabios.

Rey Finico II Delnoble

La enseñanza de Usher a Esperanza.

En la oficina del *padre principal*, junto a un aprendiz de escribano del monasterio, que iba a practicar el arte de escribir a la velocidad del habla. Se dio la siguiente conversación, bajo el reinado de Fínico II Delnoble. La primera oficial, que tuvieron el líder espiritual de la *Provincia Delsur*, en que vive Esperanza, estando al mando en combate de parte de los *caballeros puros*, como *líder supremo* Fuegosanto, y en la provincia, Tornado. Luego de ser declarado el Caballero Florindo, alias “El Flaco”, *nuevo caballero puro*, bajo el nombre de Esperanza. Comienza a hablar con él, luego de los saludos formales, *el padre principal* de Tinkentou, Usher.

– ¿Sabes porqué eres uno de los pocos *caballeros puros*, en recibir el título de tal, sin preparación académica?

– Por favor, explíqueme señor *padre*.

– Me he enterado de todo lo que has hecho, a lo largo de los meses. Desde que llegaste con heridas. Y como lo esperaba en mi corazón, con mi hija. ¿Y sabes qué?

– ¿Qué señor?

– Me di cuenta, que pese a tus debilidades, porque todos tenemos algo en que somos más débiles que otras personas. Tú,

te comportaste, pese a no ser instruido, como alguien que sí fuera un instruido. Te comportaste en todo momento como un *caballero puro*.

(Hace una pausa, piensa, y añade Usher.)

– Bueno... En realidad tienes algunas cosas estimado... Dignas del vulgo, más que de alguien de la iglesia, eso no está en duda. Pero la esencia de tu comportamiento, y el poder del Creador en ti, acompañándote es lo que cuenta, y tu habilidad. Porque tú, siempre escogiste rectamente. A eso me refiero. A lo más importante: No las apariencias, sino a que has tenido un corazón conforme a como al Creador le agrada, y él te acompañó aunque estuviste en tinieblas, y saliste vivo, y aprobado en una peligrosa misión junto a *caballeros puros* entrenados, tales como los líderes Tornado y Albano, a quienes le resultó muy difícil misión, al igual que a ti. Pero estuviste a su mismo nivel.

– Muchas gracias *padre* ¿Pero porqué yo?

– ¿Sabes qué hijo? El Creador sabe cuál puede ser nuestro posible destino. Aún antes de que caminemos por primera vez en esta tierra.

– ¿Entonces no tengo libre albedrío? – Pregunta Esperanza.

– Sí que lo tienes. Y justamente por ello eres ahora un *caballero puro*. Porque aún cuando andabas rodeado de tinieblas, estabas eligiendo estar en el camino del Creador. ¿O tu piensas que no elegirías entrenarte en la espada y el arco? ¿O dejarías de ser honrado? ¿Y ser otra cosa?

– Siempre seré correcto señor. Y Sé que nunca hubiera elegido ser campesino antes que guerrero... Si hubiera sido campesino, hubiera estando entrenando, al tiempo que hacía otras labores.

– ¡Claro! Y tarde o temprano, hubieras terminado cumpliendo tu destino: Ser guerrero. Porque todo tu ser razona que para eso has nacido. Y sé que te gusta la poesía ¿Porqué crees que eras cazarecompensas y no trovador?

– Siento la necesidad de entrenar, porque me mido en combate, y mi combate no es con las palabras, sino con armas; a vida o muerte.

– Y sin embargo escritores, piensan que de la palabra depende su vida. Y quizás hasta la de los demás, o incluso de un reino entero. Es difícil de entender el libre albedrío, cuando todo está gobernado por alguien, y nos influimos entre todos ¿Verdad?

– Sí que lo es. Yo suelo pensar mucho en estas cosas.

– Porque eres inteligente. Siempre hay alguien que tiene más autoridad que uno, y por sobre todos, el Creador. Y tú eliges ser bueno o malo. Y El Creador, que todo lo sabe y puede, sabía cuando eras niño, que si te ayudaría, podrías llegar a ser alguien de luz, y puntualmente un buen guerrero; porque, aunque él no te ayudaría, igualmente serías guerrero honorable, y solo él sabe cómo hubieras terminado de no haber intervenido. ¿Nunca sentiste que por milagro no caíste en gran accidente, o incluso la muerte?

– Sí, señor *padre*, totalmente. Varias veces.

– En muchas cosas El Creador, mueve aquí, mueve allá, te impide una cosa, te permite otra; para que al final sea lo que tanto tú como él, quieren que seas: alguien correcto, y en tu caso, un *caballero puro*. No pasa así con los malos, que eligen no tener la ayuda del Creador.

– ¿Estoy seguro de querer ser un *caballero puro* señor?

– Estimado, te estoy diciendo que lo eres, porque todo lo que me contaron de ti, salvo detalles, es digno de un *caballero puro*. No se si lo quieres o no... Pero que lo eres, ¡lo eres! Y dudo mucho que pudieras dejar de serlo. Porque en tu interior está el ser, lo que el Creador también quiere que seas.

– ¿Y porqué no son todos buenos, y *puros* señor *padre*?

– Por las elecciones de cada uno. Porque aman más las tinieblas que la luz. Permíteme una pregunta personal, para que comprendas mejor.

– Continúe por favor.

– Cuando mi hija, orinó cerca de ti, y porque ella estaba en una lucha interna entre el bien y el mal, y jugueteó con vos. Tú la viste y la sentiste... ¿Y la deseaste verdad?

– Realmente sí señor, disculpe mi atrevimiento.

– Es que sin embargo la respetaste. Y estoy seguro que ni aunque te hubieran dado todas las fuerzas, y pese deseándola al extremo. Más aún, ni aunque fuera una indefensa enemiga, atada y amordazada, y tú estuvieras alterado de pasión. Ni aún así, le hubieras hecho mal.

– Es cierto lo que dice señor *padre*. Ni en sueños o pesadillas haría una cosa así.

– Pues esas son las decisiones que marcan nuestro destino. Y que El Creador sabe que las tomaríamos, aunque aún o nunca las tendríamos que tomar. Entonces encamina nuestros pasos, para que terminamos siendo realmente uno de sus hijos, con todos los honores, habiéndolo aceptado. O dicho de otra forma: no permite que caigamos en tinieblas sin retorno. Tú amas más la luz que la oscuridad, y te comportaste como alguien digno de luz.

– Tiene razón señor *padre*.

– Y aquellos que aman más la oscuridad, tarde o temprano caen en ella, sufren, y mueren, y solo el Creador sabe qué les esperará luego, pero dudo sea algo bueno. Entonces todos tenemos libre albedrío. Pero el Creador ayuda a los buenos según su justicia, a que sean buenos, porque no pierde ni a uno, son muy valiosos para él, y más aún si cumplen su tarea ¡Cómo va a dejar que un justo termine mal! ¡Es inadmisibile! Y alguien malo, no se hubiera comportado como tú.

– Gracias señor padre –dice *Esperanza* conmoviéndose.

– Más aún –continúa diciendo *el padre*–. Sobre la tarea de cada uno. A algunos dignos, el Creador les da encargos importantes. ¿Sabes que cada uno de tus amigos caballeros, se jugaron la vida por ti sin dudar?

– Sí señor, lo sé, y fue un honor pelear junto a ellos.

– ¿Y tú no hiciste lo mismo por ellos?

– Claro que sí señor *padre*. Sin dudarlo. Con todas mis fuerzas. Palabra de honor.

– ¡Como un digno *caballero puro*! ¿O es que te pusiste a tomar tu hidromiel, y a disfrutar de alguna mujer mientras ellos hacían guardia? ¿O te hiciste el gravemente herido para no pelear más?

– Nunca hubiera hecho algo así señor *padre*. Luché hasta mi última fuerza, y más allá también.

– Claro, porque siempre fuiste un *caballero puro*. Y eliges ser bueno.

– ¿Y robarías algo que no sea tuyo, simplemente porque lo necesitas, y nadie vea quien sos?

– ¡Nunca señor! Pero *padre*, le he matado el cerdo a la vecina. Me tenía podrido con sus gritos, y mentí diciendo que no sabía nada. Realmente me tenía podrido...

– ¡Jaja! ¿Bueno pero te arrepentiste?

– Sí... aunque nunca se lo dije.

– Bien, entonces supongo que no tengo que enseñarte sobre el arrepentimiento. Y sin embargo, la mayoría necesita aprenderlo. Y tú también, porque de no ser así, podemos terminar afectados, perdiendo la pureza, o incluso la cabeza ¿Pero sabes qué es lo más difícil?

– ¿No insultar?

– ¡Jaja! Si que eres gracioso *Flaco*... Hay cosas que a cada uno atan, algún vicio, o maldad. Eso es lo más difícil de derrotar, y luego si tu cabeza comprende al Creador correctamente, viene su poder si es tu destino. Por ejemplo, hay buenas personas que no pueden vencer el dejar de mentir en algo, siempre suman mentiras a su vida; o las aventuras amorosas encubiertas, por ejemplo con una criada, cuando su amada no los ve; o la falta de palabra; o el gusto a querer ser admirados como *puros* bajo el amparo de la iglesia y la admiración del pueblo; o no logran no caer en tentación con lo sexual, de algún modo raro; o el dinero; o incluso la falta de perdón ¿Matarías a alguien solo porque, borracho te quiso pegar con un palo? ¿O a ese mismo si un día necesita que le tiendas la mano, mirarías para otro lado? ¿Cuál es

tu peor vicio o enemigo espiritual al cual debes tenerle más cuidado? Dígamelo en este preciso momento señor Esperanza.

– Que yo sepa ninguno señor *padre*. Si no cuenta lo de hablar normal, o enojarme contra enemigos que quieren matar, o conmigo mismo... por mi mala suerte.

– Por eso desde que Misimi hizo la oración de *los puros* sobre ti, tuviste impregnado en ti el poder del Creador. Claro que uno siempre podría más... Por ejemplo el cerdo de tu vecina no lo tendrías que haberlo matado ¡jaja!

– ¿Puedo crear cosas?

– Realmente no estoy seguro de que tanto... Pero por ejemplo, mi hija me contaba de que sentía paz contigo. Y muchas otras cosas también. Por ejemplo la gente que se ponía a llorar de culpa por no conocer el camino del Creador... Y algunos *caballeros puros*: han hecho cosas sorprendentes, hay muchos testimonios.

– Es todo asombro.

– Sí. Por eso terminé siendo *padre*. Pero dime ¿Tienes mala suerte?

– Sí señor *padre*, siento que tengo mala suerte para algunas cosas.

– ...Algunas cosas. Que te gustaría tener y no tienes. Seguramente. Pero que al no tenerlas te motivan a seguir, o a hacer otras, que sin embargo son buenas, y te esfuerzas más ¿A eso te refieres?

– ¿Y porqué *los endemoniados*, me podían enfrentar si el Creador está de mi lado?

(El *padre* sonrió al notar que Esperanza cambiaba de tema, y no le resistió, sabe que le gusta su hija.)

– Ellos tomaron su decisión, y El Creador, hasta los respeta a ellos ¿Tú piensas que El Creador no es respetuoso?

– Claro que sí lo es.

– Y veo que tú sigues vivo... y la mayoría de ellos en ese asentamiento terminaron muertos. Y todos tenemos que esforzarnos, es algo que se da naturalmente. “Porque no nos queda otra...” Cómo tú bien lo sabes. Algunos dicen que luego de esta

vida, El Creador premiará o castigará a cada uno según lo que haya decidido.

– Yo pude abandonar a su hija y no lo hice.

– Lo sé hijo, y ella luego no te abandonó a ti. Toda la doctrina de *los puros*, se base en pensar y hacer lo correcto, aunque se esté en un infierno. ¡Y fíjate! Saliste vivo...

– ¿Es verdad que *los endemoniados* y *los puros* salieron de un mismo lado?

– La doctrina nuestra, es eterna, sin embargo sé a que te refieres, a la leyenda de *la puerta* que brilla custodiada en *el reino de los que nunca olvidan*. Sí. Aparentemente los primeros guerreros y sabios de cada bando salieron de allí. Pero como seguramente sabes, no se conoce de que exista tal reino.

– Nunca supe porqué les decían “qué nunca olvidan” ¿Eran vengativos?

– Esto deberías estudiarlo en historia antigua... que estás invitado a participar en esa, y en toda clase que gustes participar. Sin embargo, sacaré hoy esa duda tuya. Un poco. No sea que digas que su nombre viene de que eran vengativos... porque nosotros nunca fuimos vengativos.

– Perdón *señor padre*.

– En libros antiguos, que citan a otros libros que salieron teóricamente de tal reino. Dicen que querían conservar el conocimiento del universo, y que podían viajar a través de la puerta de luz a otros mundos, y la protegían, de los que preferían el olvido de esas conexiones realizadas por avanzada antiguo reino, de otro planeta, que dejó de existir hace más tiempo del que podamos imaginar. Pero no siempre estuvieron allí los de tal reino. Antes, esa conexión estaba abandonada y pasaron criaturas por ahí de otros lados. Y también vinieron mediante ella los primeros que formaron ese reino, y la defendieron de los que quisieran destruirla, y al mismo tiempo fueron ellos los que frenaron que haya más de los monstruosos habitantes antiguos. Así que no sabemos si seguirán estando, o al final destruyeron todo, o se destruyó porque perdieron, o qué pasó, porque nadie más vino diciendo de que fuera de allí, y sea creíble en cientos de años.

– Se dice que tenían armas poderosas también. Pero nunca se presentaron o intervinieron entre conflictos, ni siquiera ayudando a *los puros*. Los primeros *puros* y de los *endemoniados* fueron gente de tal reino que se fue de allí, que se escaparon de allí, o no quisieron enfrentar el riesgo de volver. Pero las monstruosidades no conquistaron, antes hubo cada vez menos, ya hasta muchos piensan que no existen. Y mucha historia se fue perdiendo, entre guerras y conflictos... y los reinos están más preocupados por su territorio que por investigar, y los *puros*... no somos del todo independientes del reino, apoyamos al reino cuya paz tambalea.

– Comprendo.

– Las veces que se fue a investigar en el pasado, o no volvieron, o volvieron con grandes bajas, sin poder llegar lejos, luego de combatir contra seres antiguos, que sí siguen aparentemente en la lejanía. Charla con mi hija de todo esto, ella se interesó mucho, es más, estaba dudando antes de que fuera raptada, y te estoy agradecido por tu ayuda. Siempre lo estaré. Dudaba de si no sabía más que yo de la historia antigua...

– Le agradezco señor *padre principal*, su guía, conocimientos, y toda la generosidad al reino y a la iglesia *padre*.

– Y tú eres bienvenido siempre hijo.

B

Avanzando

Avanzando hasta las *ruinas del castillo resonante*, Esperanza y Soltrina, se encontraron en el camino, con gente en su paso que se acercó a ellos, y [los bendijo \(1\)](#) ¡Y tú también puedes hacerlo!

Elisa Pomirckzy (2) de Argentina, hija de ucranianos: “¡Qué triunfen en la vida, siempre hay que ayudar!” Y le dio 50 monedas de plata. Y Esperanza le dijo: “Gracias madre”.

(1) Si hace clic te lleva a una web, con links de opciones para hacer donaciones / pagos. Aclaro, para evitar fraudes, esta dirección web es válida mientras sea el dueño de tal web -Qué se yo dónde puede terminar cada libro mio, y cuándo leerá usted esto, o si alguien variará el link-. Entonces cualquier duda envíeme un mensaje por Whatsapp, ya que en el link está mi teléfono, foto y algunos datos personales. Así ya tiene dos pasos de verificación, mi web online desde el 2005, más mi whatsapp, así sabe que la dirección para donar pertenece realmente al autor del libro Javier R. Cinacchi:

<https://www.estudiargratis.com.ar/dona.html>

Alternativo: <https://www.estudiargratis.net/dona.html>

Alternativo: <https://www.estudiargratis.com/dona.html>

(2) A la memoria de mi madre, que no dudo de que lo hubiera hecho de tener la oportunidad, y sin pedirle (a mi padre le tendría que haber rogado tres meses).

El Flaco Así Comenzó por Javier R. Cinacchi

Y más [personas colaboraron con *El Flaco*](#):

...Emm

Índice

1. El encuentro con el destino.	4
2. Preparándose para la batalla.	12
3. El Flaco entre caballeros puros.	20
4. Buscando la entrada al infierno.	30
5. En el asentamiento de los endemoniados.	41
6. La hija del Padre principal	51
7. La huida de fantasmas.	60
8. El Flaco y Soltrina	74
Apéndice.	88
A. La enseñanza de Usher a Esperanza. Introducción del rey Fínico II Delnoble.	
La enseñanza de Usher a Esperanza.	89
B. Avanzando	97

Si te gustó mi historia
¡Buscá más!*

Javier R. Cinacchi,
te saluda.

(*) En el 2022, actualmente tienes una web disponible con tres nombres distintos por si caduca alguno: www.estudiargratis.com.ar www.estudiargratis.net www.estudiargratis.com

